

SENECA, MENTOR DE ALMAS

«Sit aliquis custos».
(SEN., *Epist.* 94, 55).

No creemos que se nos pueda tildar de exageración precipitada al afirmar, desde un principio, sin atenuantes ni vacilaciones, que Séneca fué esencialmente en sus días un formador eximio y un experto director de conciencias.

Séneca, efectivamente, se nos presenta a través de sus escritos como un perfecto formador de almas gigantes, un admirable modelador de espíritus selectos.

Sabido es que la virtud era la preocupación constante que acuciaba el alma de nuestro Séneca; pero más bien diríamos nosotros que la obsesión inquietante que desvelaba al gran moralista cordobés, fué precisamente la enseñanza de la senda escondida que a ella conduce y el adiestramiento de las almas en la práctica del bien. La virtud requiere aprendizaje ¹. Sabía Séneca que el alma posee ojos caliginosos para percibir la verdad y no ignoraba que aun después de hallada necesitan las almas un ejercicio esforzado para apartarse de las riquezas, los placeres, la belleza y la ambición que con sus blanduras y halagos las invitan al mal, y afrontar por el

¹ *Epist.* 123, 15. Plácenos advertir aquí que hemos seguido para el presente estudio y sus citas originales la edición crítica de las obras de Séneca del DR. CARLES CARDÓ, *Fundació Bernat Metge*, Barcelona 1924. El criterio seguido por el Dr. Cardó en la fijación de su texto lo expone el ilustre humanista en L. A. SÉNECA, *De La Ira*, Introducció, pág. XXXIX y L. A. SÉNECA, *Lletres a Lucili*, Vol. I, Introducció, págs. XIV y XV. De las versiones españolas de las obras de Séneca, hemos utilizado la pulcra y castiza de Lorenzo Riber, (M. Aguilar, Madrid, 1943), sin entretenernos en enmendar sus pequeñas inexactitudes y libertades de escasa transcendencia para nuestro modesto ensayo senequista. L. Riber ha manejado para su traducción el texto de la Collection des Universités de France, publicado bajo el patronazgo de la Association Guillaume Budé,

contrario el trabajo, la muerte, el dolor, la ignominia y la virtud austera que las ha de conducir derechamente al sumo bien.

Con la mirada fija en esta meta nos hemos propuesto estudiar esta faceta importantísima de la personalidad histórica y moral de nuestro gran filósofo, que «con mano rápida y consumada habilidad»² dirigió, como piloto, muchos bajeles jóvenes e inexpertos.

En la imposibilidad de abarcar plenamente todo el extenso perímetro y en la necesidad de imponernos un límite y medida, nos ceñimos a ofrecer una perspectiva total, pero compendiada, sin pormenores nimios que nos harían más bien prolijos y difusos. Presentada primeramente la necesidad que tiene la humanidad, según la sentencia del moralista, de quien la gobierne y guíe espiritualmente, esbozaremos después la figura de Séneca como director de almas y estudiaremos conjuntamente su sistema formativo y el itinerario espiritual que fijaba a sus discípulos y dirigidos. Últimamente analizaremos con brevedad una conciencia cuádruple, selección variada de la colecta abundosa y rica de la dirección de Séneca y testimonio luminoso e imperecedero de los insignes triunfos y también de los yerros lamentables de este excelso mentor de almas.

La virtud necesita un guía y un maestro

El moralista cordobés estaba convencido de la necesidad ineludible que tiene la humanidad de la elección de un director espiritual.

Séneca descubrió ya en la humanidad este extraño cisma de la voluntad por el que «los hombres aman y odian a la vez sus vicios»³; en el fondo de toda alma humana encontró a un mismo tiempo una inclinación amorosa y fácil hacia el bien y la virtud, y una fuerza secreta que la arrastra irresistiblemente y la lanza hacia el mal y hacia lo que no quiere: «Ad deteriora faciles sumus... non pronus nutus tantum ad vitia, sed praeceps»⁴; «omnibus natura fundamenta dedit semenque virtutum. Omnes ad omnia ista nati su-

² VIRGILIO, *Eneida*, VIII. 441 y VI, 261.

³ *Epist.* 212, 4.

⁴ *Epist.* 97, 10.

mus: cum irritator accessit, tunc illa anima bona veluti, soluta excitatur»⁵.

Séneca, enamorado finísimo de la virtud, se pregunta con cierto amargo desespero ante la realidad innegable que lacera las conciencias: «Quid est hoc quod nos alio tendentes alio trahit et eo, unde recedere cupimus, impellit? Quid colluctatur cum animo nostro nec permittit nobis quicquam semel velle? Fluctuamur inter varia consilia: nihil libere volumus, nihil absolute, nihil semper»⁶.

Después de haber culpado a la estulticia de que no se detiene en nada y de que no se contenta con nada, el moralista se pregunta nuevamente: «Sed quomodo nos aut quando ab illa revellemus?»⁷. La respuesta del filósofo es tajante y decidida: ninguno por sí mismo tiene fuerza suficiente para situarse encima de ella; es menester que alguien le tienda la mano, alguien que le saque a flote: «Nemo per se satis valet, ut emergat; oportet manum aliquis porrigat, aliquis educat»⁸.

A continuación distingue con Epicuro dos clases de hombres: la de algunos que llegaron a la verdad sin ayuda ajena, que ellos mismos se desbrozaron el camino, a quienes alaba superlativamente, puesto que en sí propios hallaron el ímpetu y subieron en hombros de sí mismos; y la de otros, en cambio, que necesitan socorro ajeno, incapaces de caminar por su cuenta, si nadie les precede, pero tenaces en seguir las huellas de otros: «Nos ex illa prima nota non sumus: bene nobiscum agitur si in secundam recipimur»⁹. Pero añade: «Nec hunc quidem contempseris hominem, qui alieno beneficic esse salvus potest: et hoc multum est, velle servari»¹⁰.

El moralista filósofo sabe apreciar en su valor los arranques decididos de la voluntad que impelen a los hombres hacia la salvación por el recto ajuste de la vida con la naturaleza (razón). Pero la mayor parte de la humanidad necesita ayuda ajena: necesita un conductor y un custodio.

⁵ *Epist.* 108, 8.

⁶ *Epist.* 52, 1.

⁷ *Epist.* 52, 2. Adviértase que la estulticia (*stultitia*), ἀμαθία era para los estoicos la antítesis de la sabiduría (*sapientia*), σοφία.

⁸ *Epist.* 52, 2.

⁹ *Epist.* 52, 3.

¹⁰ *Epist.* 52, 3.

A la misma conclusión llega Séneca al analizar la naturaleza íntima del bien, de la virtud y de la vida honesta. La carrera de la virtud es ardua y se necesita pecho firme para emprenderla y no temblar de medroso pavor ante sus excelsas cumbres. Es preciso revestirse del brío de los grandes hombres y separarse un momento de las opiniones del vulgo, para abarcar en toda su debida grandeza la imagen magnífica y hermosísima de la virtud que se ha de venerar no con incienso y guirnaldas, «sino con sangre y sudor»¹¹. «Ut efficiatur, dice, vir cum cura dicendus, fortiore fato opus est. Non erit illi planum iter: sursum oportet ac deorsum eat, fluctuetur ac navigium in turbido regat. Contra fortunam illi tenendus est cursus; multa accident dura, aspera, sed quae molliat et complanet ipse. Ignis aurum probat, miseria fortes viros. Vide quam alte ascendere debeat virtus: scies illi non per secreta vadendum»¹². «In voluptates descenditur, in aspera et dura subeundum est: hic impellamus corpora, illic refrenemus»¹³.

La vida honesta consta de diversas obras, según sentencia del maestro¹⁴. Dentro de ella se encuentra el arca de Régulo, la herida que Catón se desgarró con sus manos, el destierro de Rutilio, la copa envenenada que trasladó a Sócrates de la cárcel al cielo. Así que cuando uno se deseó la vida honesta se deseó todas estas cosas, sin las cuales, a veces, no puede ser honesta la vida.

Ardua y difícil es la virtud. Pero además la malicia se insinúa pronto y hondamente en el corazón de los hombres. En el libro III de sus *Quaestiones Naturales* después de hablarnos del día terminal de la humanidad, de la destrucción del género humano y de la extinción del linaje de las fieras, cuyos instintos habían pasado a los hombres, afirma Séneca el restablecimiento del viejo orden en el que todo animal será creado de nuevo y será reintegrado a la tierra el hombre no sabedor de maldad y nacido con mejores auspicios. Pero concluye: «Sed illis quoque innocentia non durabit nisi dum novi sunt. Cito nequitia surrepit: virtus difficilis inventu est, recto-

¹¹ *Epist.* 67, 12.

¹² *De Prov.*, 5, 9-10.

¹³ *Epist.* 123, 14.

¹⁴ *Epist.* 67, 7.

rem ducemque desiderat. Etiam sine magistro vitia discutuntur»¹⁵.

Finalmente Séneca veía también la necesidad que tienen los hombres de dirección espiritual en la recia inclinación que sienten todos a desconocer o disimular sus propios defectos y pasiones y a fingirse que han alcanzado ya la meta de la sabiduría, es decir, de la recta norma de vida que les dicta la naturaleza o la razón. «Puto multos potuisse ad sapientiam pervenire, dice, nisi putassent se pervenisse, nisi quaedam in se dissimulassent, quaedam opertis oculis transiluissent, non est enim quod magis aliena iudices adulatione nos perire quam nostra. Quis sibi verum dicere ausus est? Quis non inter laudantium blandientiumque positus greges plurimum tamen sibi ipse assentatus est?»¹⁶. «Initium est salutis notitia peccati. Egregie mihi hoc dixisse videtur Epicurus: nam qui peccare se nescit, corrigi non vult; deprehendas te oportet, antequam emendes. Quidam vitiis gloriantur: tu existimas aliquid de remedio cogitare, qui mala sua virtutum loco numerant?»¹⁷.

Y en su epístola 50, al escribir a Lucilio sobre el desconocimiento de los propios defectos, nos describe con gracia y maestría admirables la ceguera interior que todos padecemos: «Quaedam (vitia) locis et temporibus adscribimus: at illa, quocumque transierimus, secutura sunt. Harpasten, uxoris meae fatuam, scis hereditarium onus in domo mea remansisse. Ipse enim aversissimus ab istis prodigiis sum: si quando fatuo delectari volo, non est mihi longe quaerendus: me rideo. Haec fatua subita desiit videre. Incredibilem rem tibi narro, sed veram: nescit esse se caecam; subinde paedagogum suum rogat ut migret, ait domum tenebricosam esse. Hoc quod in illa ridemus, omnibus nobis accidere liqueat tibi: nemo se avarum esse intellegit, nemo cupidum. Caeci tamen ducem quaerunt, nos sine duce erramus et dicimus; non ego ambitiosus sum, sed nemo aliter Romae potest vivere, non ego sumptuosus sum, sed urbs ipsa magnas impensas exigit. Non est meum vitium, quod iracundus sum, quod nondum constitui certum genus vitae: adolescentia haec facit. «Quid nos decipimus? Non est extrinse-

¹⁵ *Natural. quaest.*, III, 30.

¹⁶ *Tranq. an.*, I, 17.

¹⁷ *Epist.* 28, 9-10.

cus malum nostrum: intra nos est, in visceribus ipsis sedet, et ideo difficulter ad sanitatem pervenimus, quia nos aegrotare nescimus»¹⁸. Y unas cartas después vuelve a insistir: «Optimos nos esse, sapientissimos affirmantibus assentimur, cum sciamus illos saepe multa mentiri; adeoque indulgemus nobis, ut laudari velimus in id cui contraria cum maxime facimus. Mitissimum ille se in ipsis suppliciis audit, in rapinis liberalissimum et in ebrietatibus ac libidini-bus temperantissimum. Sequitur itaque, ut ideo mutare nolimus, quia nos optimos esse credimus»¹⁹.

La humanidad necesita dirección y gobierno; precisa con toda urgencia un guía que le señale el derrotero auténtico y le acompañe a lo largo de la difícil trayectoria.

Por otra parte reconoce que hay carestía lamentable de buenos y honrados pedagogos. Son raros los hombres que, juntando las obras a las palabras, puedan conducir a la humanidad a través de los riesgos y peligros que ofrece el largo camino de la vida honesta y recta. No hay pilotos que, al arreciar la tempestad en las almas, sepan aguantar con puño firme el timón contra la corriente que lo arrebatara y luchar contra el mar. ¡«Y cuánto más brava es la tempestad que agita la vida que la que combate la antena!»²⁰.

Séneca pedagogo y director

Ante esta realidad innegable que acabamos de apuntar, no nos sorprende la determinación «apostólica y misionera» que desde el primer momento toma nuestro moralista cordobés. Séneca se consagra fervorosamente desde su primera entrada en la vida social a la noble misión de maestro y formador de conciencias.

Sin titubeos vacilantes se lanza Séneca a esta su obra predilecta. Cual otro Catón va a lidiar bizarramente, no con los enemigos, sino con las costumbres. El quiere ser, y lo fué efectivamente, el director espiritual de su tiempo. El es en sus días piloto

¹⁸ *Epist.* 50, 1-4.

¹⁹ *Epist.* 59, 11.

²⁰ *Epist.* 108, 37.

diestro y valeroso que conduce, a través del tiempo inseguro siempre y borrascoso muchas veces, el bajel asustadizo y desorientado de la sociedad y con la mano clavada en el timón hace bogar derechamente a las almas hacia el faro esplendoroso del bien y de la virtud «en la cual se halla la verdadera felicidad»²¹. Es médico amigo e intrépido que en silencio examina la situación de los espíritus y luego, con sus propias manos, corta las postemas del mal y arranca de los ojos de las conciencias las vendas que las ciegan para que vean y sigan el camino derecho. Y es maestro dulce y fuerte que dice valientemente la verdad a todos, ya que la mayoría es cobarde para decírsela a sí propio, o por mejor decir, un pontífice de la filosofía. No duda Séneca que la filosofía padece mengua después que se prostituyó, pero cree firmemente que puede mostrarse religiosamente como en el fondo de un santuario, «si modo non institorum, sed antistitem nacta est»²². Séneca busca con afanes persecutorios la formación de conciencias rectas y buenas. Aspira a que los hombres, aunque se hallen en el potro o se les arrime a cada uno de sus miembros fuego voraz que vaya devorando poco a poco el cuerpo vivo y vaya licuando a gotas el corazón rebosante de virtud, encuentren sabrosos los tormentos y el mismo fuego mientras a través de sus llamas vean resplandecer su conciencia recta y abrazada con el bien.

«Sênèque, escribe muy acertadamente A. Guillemin, n'a pas voulu être un philosophe; dans le domaine de la philosophie, il a évité tout ce qui aurait pu faire de lui un spécialiste, avant tout l'emploi d'une langue technique, et, il s'est consacré à aider ceux dont il était entouré, à dépasser le niveau moral où se tient la foule»²³. Aquel sabor antiguo por la especulación y la metafísica característico de Platón y Aristóteles había iniciado ya su decadencia en la misma Grecia por obra particularmente de los cínicos y estoicos; pero al llegar la filosofía a Roma se acentuó todavía más su carácter pragmático y sus tendencias exclusivamente moralistas.

²¹ *Vit. Beat.*, 16, 1.

²² *Epist.* 52, 15.

²³ A. GUILLEMIN, *Sênèque directeur d'ames* (Rev. des Études Latines, XXX, 1952, p. 203).

Esta nueva corriente moralizadora de la filosofía, promovida en la misma Grecia por los estóicos, como nos dice Zeller ²⁴, se introdujo en Roma con los dos Sextios, padre e hijo ²⁵. La mentalidad filosófica de Séneca delata con nitidez su procedencia y sus fuentes: la escuela fundada por Sextio, de duración efímera pero de influencias ciertas e indudables, repercutió decisivamente en la estructuración del pensamiento de nuestro filósofo ²⁶. Consiguientemente, a Séneca sólo y exclusivamente le interesa la virtud y la moral, que es la verdadera ciencia de la vida; ella «*animum format et fabricat; vitam disponit, actiones regit, agenda et omittenda demonstrat, sedet ad gubernaculum et per ancipitis fluctuantium dirigit cursum*» ²⁷.

Esta ciencia de la vida, única que puede dar la verdadera felicidad a la humanidad, es la que Séneca enseña a sus discípulos. En este hábil adiestramiento de las almas ve pasar Séneca los días y los años; la vejez y la misma muerte le hallarán cumpliendo fielmente su particular vocación de formador y director de almas.

Debemos, empero, más bien decir que, si Séneca es a lo largo de su acrisolada vida un auténtico director espiritual, lo es singularmente en su ancianidad. En la vejez especialmente no conoce Séneca otra ocupación, ni retrocede ante ningún obstáculo. Escribiendo a Sereno había dicho Séneca: «*Mihi, carissime Serene, nimis videtur sumisisse temporibus se Athenodorus, nimis cito refugisse. Nec ego negaverim aliquando cedendum, sed sensim relato gradu et salvis, salva militari dignitate*» ²⁸.

Así lo ha hecho él. Se le han cerrado las puertas del Palatino y casi también sus derechos de ciudadano. Se acoge, pues, a la soledad y se retrae ya de los negocios públicos. Pero ahora, más que nunca va a ejercitar sus deberes de pedagogo y de mentor de almas. Desde su retiro, callado pero fecundo, va a abrir coloquio con todo el mundo y a dirigir la conciencia universal de los pueblos. Si Séneca se recoge a la soledad y cierra las puertas a cal y canto,

²⁴ ZELLER, *Die Philosophie der Griechen*, III part. pp. 51 sg.

²⁵ *De Ira*, III, 36, 1; *Epist.* 64, 5; 73, 15; 108, 17-18.

²⁶ DR. C. CARDÓ, *De la Ira*, Introducció, pp. II, III.

²⁷ *Epist.* 16, 3.

²⁸ *Tranq. an.* 4. 1.

hácelo precisamente para poder ser útil a muchos: «In hoc me recondidi et fores clausi, escribo llanamente, ut prodesse pluribus possem. Secessi non tantum ab hominibus, sed a rebus, et in primis a meis rebus: *posterorum negotium ago*. Ex illis aliqua, quae possint prodesse, conscribo»²⁹. Ha vivido en alta mar y quiere morir en el puerto³⁰. Cree que está próxima la prueba final y que va a llegar presto el día en que se pronunciará sentencia de todos sus años³¹. Por esto desde su retiro, forzado y apetecido, se entrega con más calor a su oficio predilecto y lo ejercita con nuevo auge y esplendor. Las conciencias rectas y virtuosas siguen siendo el objeto de los desvelos del moralista español. Desde el mismo lecho en que le ha clavado la vejez³², Séneca va rellenando sus tablillas y trazando a los demás el camino recto «que, modestamente lo confiesa, conoció tardíamente y cuando estaba ya cansado de devanear»³³. A sus anteriores obras y tratados de dirección añade ahora sus utilísimas cartas a Lucilio en las que descubrimos la vigilancia, cuidado y precaución propias de un maestro de espíritu. «Salutares admonitiones —dice— velut medicamentorum utilium compositiones, litteris mando, esse illas efficaces in meis ulceribus expertus, quae etiam si personata non sunt, serpere desierunt»³⁴.

No era desconocido en la antigüedad el género epistolar. Conocemos efectivamente algunas colecciones epistolares posteriores y anteriores a las de nuestro Séneca. Cornelio Nepote en la vida de T. Pomponio Atico, capítulo 16, nos habla de 16 volúmenes de cartas de Cicerón. Pero las cartas del moralista cordobés presentan una faceta muy propia y peculiar que no vemos brillar en las de los demás. Las cartas de Séneca a Lucilio son eminentemente de dirección³⁵. Lo que en plena vigencia del cristianismo hicieron tantos afamados maestros de espíritu, lo hizo Séneca varios siglos antes.

²⁹ *Epist.* 8, 1-2.

³⁰ *Epist.* 19, 2.

³¹ *Epist.* 26, 5.

³² *Epist.* 67, 2.

³³ *Epist.* 8, 3.

³⁴ *Epist.* 8, 2,

³⁵ Sobre las cartas de Cicerón véase lo que comenta el mismo Séneca, *Epist.* 118, 1-2.

Séneca tuvo ya en aquellos remotos tiempos sus cartas de dirección que —*servatis servandis*— podrían colocarse, sin desmerecer en mucho, junto a los grandes epistolarios de dirección de nuestros maestros y tratadistas de espíritu. Si una mano cristiana hubiese borrado de las cartas del moralista español algunas páginas, pocas, de crudo sabor suicida de la vida, creeríamos hoy que la pluma que las redactó procedía de uno de los primeros padres de la Iglesia. «En ellas, escribe L. Riber³⁶, el tono confidencial alcanza la más pura e íntima intensidad lírica. Son como para ser dichas en el vecundo sigilo de un confesionario católico y con aquel mismo acento callado y penetrante que el Beato Juan de Avila tiene en el áureo tratado espiritual: «*Audi, filia*». En todas las páginas experimentábase una gratísima impresión de cordialidad y afecto espirituales. Bajo las apretadas líneas escuchamos el latir acelerado de dos corazones nobles y puros, apasionados por la hermosura del bien y de la virtud. Sin cuidar de aliños y retóricas elegancias, el maestro deja correr libremente el caudal de sus sentimientos e ideas. El mismo Séneca nos ahorra esta vez nuestros deslucidos comentarios al decirnos de sus propias cartas: «*Minus tibi accuratas a me epistulas mitti quaeris... quales sermo meus esset, si una desideremus aut ambularem, illaboratus et facilis, tales esse epistulas meas volo, quae nihil habent accersitum nec fictum. Si fieri posset, quid sentiam, ostendere quam loqui mallet. Etiam si disputarem, nec supploderem pedem nec manum jactarem nec attollerem vocem, sed ista oratoribus reliquisset, contentus sensus meos ad te pertulisse, quos nec exornassem nec abjecissem. Hoc unum plane tibi approbare vellem, omnia me illa sentire, quae dicerem, nec tantum sentire, sed amare*»³⁷.

Tampoco había faltado en Roma algún que otro conato de verdadera dirección espiritual. Con A. Guillemin³⁸ creemos poder descubrir en las epístolas *ad Lucilium* «une influence inattendue»

³⁶ L. RIBER, *L. A. Séneca: Obras completas*. Ed. M. Aguilar, Madrid, 1943, pp. 371.

³⁷ *Epist.* 75, 1-3.

³⁸ *Sénèque directeur d'ames*; Rev. des Études Latines, T. XXX, 1952, pp. 203-204.

del «*De natura rerum*» de Lucrecio. Es verosímil que el celo alocado de Lucrecio sedujera «conscienment ou non» a nuestro moralista. Un paralelo minucioso de las obras de estos dos filósofos nos ofrecería claramente abundancia de analogías y coincidencias. Pero una gran diferencia existe, no obstante, entre ambos. Séneca es director de almas con más apasionamiento y exclusividad que Lucrecio. Séneca se ha preparado convenientemente para su tarea formadora. Muchas son las notas que dan a su autoridad como director y formador, un peso inmenso y un crédito subidísimo. El siente arder en su seno el fuego del entusiasmo apasionado por la hermosura de la virtud y la honestidad. Atalo, aquel hombre sublime y superior a la más grande excelsitud humana ³⁹, había encendido en él este amor arrebatado por el bien y la vida virtuosa. «Magno enim in omnia inceptu veneram», nos confiesa llanamente ⁴⁰. Cuando el adolescente cordobés oía a Atalo arremeter contra los vicios, los errores y los males de la vida, sentía con frecuencia en las entrañas compasión de la pobre humanidad. Cuando le oía recomendar la pobreza y demostrar que todo lo que excede de lo necesario es una carga superflua y onerosa para quien la lleva, deseaba muchas veces el joven, entusiasmado, salir pobre de la escuela, y cuando le oía finalmente reprender los placeres, alabar el cuerpo casto, la mesa sobria, el alma pura y libre no solamente de todo deleite lícito, sino también de los supérfluos, sentía el deseo de poner coto a la gula y al placer ⁴¹.

Pero junto al ideal por la virtud posee Séneca una sobresaliente dignidad y probidad de vida. Confesamos que en sus años jóvenes pudo tener y tuvo efectivamente sus debilidades, inconsecuencias y caídas, muy explicables ciertamente, pero también muy censurables e indignas de su rígida rectitud y honradez ⁴². En Séneca son fre-

³⁹ *Epist.* 108, 13.

⁴⁰ *Epist.* 108, 15.

⁴¹ *Epist.* 108, 13-14.

⁴² Algunos puntos oscuros de la vida de Séneca, particularmente su trato con Julia Livila, hermana de Calígula, y la muerte de Británico y Agripina, han suscitado una gran polémica entre los autores; gran parte, empero, de las sentencias, ya absolutorias, ya condenatorias, parecen aventuradas y el fallo defini-

cuentas las declaraciones de sus flaquezas; el maestro no esconde su mal, se considera el primero de los que necesitan curación⁴³. Estas confesiones, afirma A. Guillemin⁴⁴, garantizan la dirección de Séneca; él se coloca a la cabeza de los débiles y necesitados «non point à titre de chef, mais à titre de compagnon d'infortune».

Pero si en sus años de juventud, que transcurrieron entre la alta sociedad romana, centro de la elegancia y de la corrupción, sufrió la virtud de Séneca algún eclipse lamentable, no es ahora posible hallar alguna decepción que desdore los años de su ancianidad. La vida de Séneca en este período último de su vida tiene muchos puntos de contacto con la de los ascetas auténticos del cristianismo. Su filosofía del renunciamiento y del ascetismo es ya vida para él. No le falta ni el recogimiento interior⁴⁵, ni la jerga dura⁴⁶, ni el pan seco⁴⁷, ni el desprecio del lujo⁴⁸, ni las vigiliadas⁴⁹, ni el examen minucioso de conciencia⁵⁰, ni la abnegación propia⁵¹. Séneca confiesa haber perdido mucho tiempo; y ahora al

tivo permanece todavía dudoso. Para el presente estudio va muy poco que nos inclinemos a uno de los bandos; sólo por vía de nota remitimos al lector a DIDERAT, *Essai sur la vie de Sénèque le Philosophe*, pgs. 55 y 416; MASRIERA, *Joya del clasicismo*, pgs. 131; GELPKE, *Dissertatio de Senecae vita et moribus*, pg. 7; P. FAIDES, *Sénèque, De Clémence*, 1.^a parte, pgs. 7-49; A. OLTRAMARE, *Sénèque diplomate* (Rev. des Etudes Latines, 1938, pg. 318).

⁴³ *Epist.* 27, 1; *Vit. Beat.*, 17, 3-4, etc.

⁴⁴ *Sénèque directeur d'ames* (Rev. des Et. Lat. T. XXXI, 1953, pg. 216-217),

⁴⁵ «Animum enim cogo sibi intentum esse nec avocari ad externa: omnia licet foris resonent, dum intus nihil tumultus sit». *Epist.* 56, 5; *Epist.* 83, 7.

⁴⁶ «Laudare solebat Attalus culcitam, quae resisteret corpori: tali utor etiam senex, in qua vestigium apparere non possit». *Epist.* 108, 23.

⁴⁷ «Panis deinde siccus et sine mensa prandium, post quod non sunt lavandae manus». *Epist.* 83, 6.

⁴⁸ «Vehiculum, in quod impositus sum, rusticum est; mularum vivere se ambulando testantur; mulio excalceatus, non propter aestatem». *Epist.* 87, 4.

⁴⁹ «Dormio minimum: consuetudinem meam nosti, brevissimo somno utor et quasi interjungo. Satis est mihi vigilare desisse: aliquando dormire me scio; aliquando suspicor». *Epist.* 83, 6. «Non vaco somno, sed succumbo et oculos vigilia fatigatos cadentesque in opere detineo». *Epist.* 8, 1.

⁵⁰ «Cotidie apud me causam dico. Cum sublatum e conspectu lumen est et conticuit uxor moris jam mei conscia, totum diem meum scrutor factaque ac dicta mea remetior». *Ira*, III, 36, 3.

⁵¹ *Epist.* 77, 3.

llegar a viejo empieza a recoger los bagajes. La vejez que oprime la espalda de nuestro Séneca le echa también en rostro los años malogrados en estudios hueros. Pero con esfuerzo y trabajo fervoroso va redimiendo los años de una edad mal ocupada. Todo cuanto pueda haber perdido lo va recogiendo el más diligente afán de sus días actuales. A sí mismo se dice: «Sabrosísimo es el tránsito a una vida mejor tras el arrepentimiento. ¡Qué grande y generosa alegría esta de decir en voz alta aquel verso del famoso poeta: yérguense en mis adentros, ánimos muy grandes y en plazo corto propóngome muy altos empeños! En las horas postmeridianas empéñome en una tarea inmensa». Hace Séneca lo que suelen hacer los que van de camino: los que salieron más tarde compensan el retraso inicial con una mayor velocidad. Así él se apresura y sin excusa de la edad, pone manos a la obra, a una obra que no sabe si es superable, pero que ciertamente es grandiosa. Su alma crece cada vez que repara en la magnitud de la tarea y piensa, no cuánto le queda por vivir, sino cuánto le queda por hacer. Séneca se esfuerza por no querer de viejo lo que quiso de niño. En este conato pasan para él los días; en este conato las noches; esta es su obra; su pensamiento fijo, es éste: poner fin a los males inveterados. Y hácelo de tal manera que cada día sea para él como una vida nueva. Y a fe que se ase a él desesperadamente como si fuera el último⁵². De tal manera ordena Séneca cada uno de sus días como si el que está viviendo recogiera todo el rebaño errante de los años y cerrara la vida. Con tal diligencia sube los peldaños de la vida como si el presente le hubiese de presentar a las puertas de la eternidad. Lo que hacía Pacuvio con mala conciencia⁵³, lo hace Séneca con buena intención, y al ir a dormir se dice alegre y gozoso: «Vixi et quem dederat cursum fortuna, peregi. Crastinum si adjecerit deus, laeti recipiamus. Ille beatissimus est et securus sui possessor, qui crastinum sine sollicitudine exspectat. Quisquis dixit «vixi», cotidie ad lucrum surgit»⁵⁴.

El apartamiento del mundanal ruido y la entrega fervorosa e in-

⁵² *Epist.* 61, 1.

⁵³ TAC., *Ann.* II, 79; SEN., *Epist.* 12, 8.

⁵⁴ *Epist.* 12, 9.

condicional a la práctica de la austeridad e la frugalidad rayanas en lo heroico, obedecen en Séneca a sus planes de formador y director de almas, pues sabe que el deber máximo de la sabiduría y a la vez su mejor indicio es la concordancia de las palabras y las obras. La filosofía enseña a practicar, no a hablar, y exige que todos vivan conforme a su ley y que la vida no disienta de la enseñanza ni se contradiga a sí misma, de tal manera que uno y el mismo sea el color de las acciones ⁵⁵. Con ello una de las notas más valiosas de la formación y dirección del gran maestro es su conducta intachable y rectilínea. El mismo decía: «Nullos pejus mereri de omnibus mortalibus judico quam qui philosophiam velut aliquod artificium venale didicerunt, qui aliter vivunt quam vivendum esse praecipiant. Exempla enim se ipsos inutilis disciplinae circumferunt nulli non vitio, quod insequuntur, obnoxii. Non magis mihi potest quisquam talis prodesse praeceptor quam gubernator in tempestate nauzeabundus. Tenendum rapiente fluctu gubernaculum... non est loquendum, sed gubernandum» ⁵⁶.

Inseparablemente de esta rectitud e integridad de vida está adornado Séneca de un carácter grave y suave y de una exquisita finura de espíritu. Filósofo estóico, que sabe llorar y sabe reír, es «Heráclito y Demócrito en una sola pieza, conversador delicioso, regalo de las orejas de su tiempo, sazonado con urbana sal y con picante vivacidad andaluza, hombre de mundo en el mejor sentido de la palabra ⁵⁷. El verbo del moralista cordobés es elegantísimo y su amabilidad exquisita y acabada ⁵⁸. El mismo, al tratar de la selección de los hombres para ver si son dignos de que se les confíe una parte de la propia vida, escribía: «Praecipue vitentur tristes et omnia deplorantes, quibus nulla non causa in querellas placet. Constet illi licet fides et benevolentia, tranquillitati tamen inimicus est comes perturbatus et omnia gemens» ⁵⁹. Gracias a su eclecticismo, a su temperamento occidental, olvida Séneca con frecuencia a sus pre-

⁵⁵ *Epist.* 20, 2.

⁵⁶ *Epist.* 108, 36-37.

⁵⁷ L. RIBER, *o. c.*, discurso previo, pg. X.

⁵⁸ TACITO, *An.*, XIII, 2: «comitate honesta» y XIII, 3: «fuit illi viro ingenium amoenum et temporis ejus auris accomodatum».

⁵⁹ *Tranq. an.*, 7, 6.

decesores y maestros de la escuela estóica y reviste sus preceptos de un tono humanitario, benigno e indulgente. Séneca ha quebrado la marmórea y fría «ataraxia» del sabio tradicional estóico, y de sus cavidades yertas han brotado sentimientos blandos de piedad, compasión y condolencia ⁶⁰. Esta humanización de la rigidez del pórtico se echa de ver, como nota C. Cardó ⁶¹, en todas las obras de Séneca, pero particularmente en las «*Epistulae ad Lucilium*», porque las escribió en su ancianidad, sazonado y maduro por el conocimiento de la vida, y porque las dirigía a un fin más concreto, como era la dirección espiritual de Lucilio. Sin embargo, las otras artes según el propio Séneca ⁶², atienden al lucimiento y únicamente en la dirección se trata del gran negocio del alma. Por lo cual no quiere que las palabras deleiten sino que aprovechen. Séneca desempeña el oficio de médico espiritual; su cargo reclama el cauterio, el bisturí, la dieta... La cualidad de hablar bien significa tanto para el médico como la potencia física en el piloto diestro. Por lo mismo no necesita el paciente un médico elocuente que halague las orejas del enfermo, sino un médico diestro y perito que sepa discernir los males graves y crónicos y aplicar al mismo tiempo los remedios más convenientes para la curación. Pero si resulta que el que sabe curar diserta también lindamente, miel sobre hojuelas, concluye el mismo Séneca. Y este es su caso, podemos afirmar nosotros. Séneca cura, pero cura con elegancia y regalo del alma doliente ⁶³.

Otra nota que da a las palabras de nuestro formador gran fuerza persuasiva y bella eficacia es la madurez y experiencia. Todo dirigido pide en el maestro y mentor de su alma pericia práctica y sazón de días. Séneca posee ambas cosas colmadamente.

⁶⁰ En la epístola 63, 1, modera Séneca el duelo de Lucilio con estas ecuánimes palabras: «Nec sicci sint oculi amisso amico nec fluant; lacrimandum est, non plorandum».

⁶¹ C. CARDÓ, *De la Ira*, Introducció, pg. XXXIII.

⁶² *Epist.* 75, 5 sg.

⁶³ Vea el lector una pequeña muestra: Después de una larga y emotiva exhortación sobre la muerte, concluye: «Sed in longum exeo: est praeterea materia, quae ducere diem possit: et quomodo finem imponere vitae poterit, qui epistulae non potest? Vale ergo: quod libentius quam mortes meras lecturus es. Vale». *Epist.* 68, 37.

El conoce el mundo y sus celadas y no ignora los fraudes de la fortuna falaz y engañadora. El sabe que con la misma táctica del cazador que prende a las fieras y a los peces en la atracción de algún cebo especioso, prende la fortuna a los pobres mortales con el regalo de sus bienes y beneficios enligados. «Munera ista fortunae putatis? Insidiae sunt»⁶⁴, dice Séneca. Pensamos que los tenemos y estamos pegados a ellos. Y en la epístola 74 pone delante de nuestro ánimo la imagen de la fortuna sacudiendo por encima del corro de los mortales honores, riquezas, influencia, y dice: «Idem in his evenit, quae fortuna desuper jactat: aestuamus miseri, dstringimur, multas habere cupimus manus, modo in hanc partem, modo in illam respicimus... Ire obviam cadentibus cupimus; gaudemus, si quid invasimus, invadendique aliquos spes vana delusit... secedamus itaque ab istis ludis et demus raptoribus locum: illi spectent bona ista pendentia et ipsi magis pendeant»⁶⁵. Pero además de conocer las trampas insidiosas del mundo y de la fortuna, Séneca está muy avezado ya a las almas. Las manos del moralista cordobés están ya familiarizadas con ellas. Han tratado a muchas y muy difíciles.

Es también muy digno de notarse en Séneca, como director, la despreocupada indiferencia que mostró siempre respecto a la cifra de los dirigidos.

A Séneca nunca le había importado el número. No le gustaba a nuestro moralista la siembra a voleo. Su sementera fué siempre escogida. Prefería depositar la semilla salvífica de la sabiduría en terrenos dispuestos y prometedores. Ahorrador de palabras y amonestaciones vagas, apetecía la selección en sus auditorios. «Quid enim, dice, si quis surdos objurget aut natura morbove mutos?»⁶⁶. «Seminis modo spargenda sunt (verba), quod, quamvis sit exiguum, cum occupavit idoneum locum, vires suas explicat et ex minimo in maximos auctus diffunditur»⁶⁷. Para nuestro filósofo la sabiduría era un arte; el preceptor debe tirar a lo cierto, escoger a los que han de aprovechar y apartarse de los que no le ofrezcan esperanza,

⁶⁴ *Epist.* 8, 3.

⁶⁵ *Epist.* 74, 8-9.

⁶⁶ *Epist.* 29, 2.

⁶⁷ *Epist.* 38, 2.

pero sin abandonarlos con demasiada prisa. No es arte aquella que por casualidad consigue su efecto. Y si siempre nuestro formador había tenido presentes estos principios básicos de toda eficiencia sólida y verdadera, los cumplió mejor que nunca en los últimos años de su vida. El dicho de Epicuro: «Me bastan pocos, me basta uno, me basta... ninguno», Séneca lo toma para sí y lo pone rigurosamente en práctica. El sabe que «la filosofía no es un señuelo para deslumbrar al pueblo, ni es propia para la ostentación; no consiste en palabras, sino en obras. No tiene tampoco por objeto pasar el día en apacible entretenimiento para quitar su náusea a la ociosidad: ella forma y modela el alma, ordena la vida»⁶⁸. Y de ello no es capaz la gran masa de la plebe.

Aunque Séneca no se dirige inmediatamente a esa plebe inconsciente, superficial y voluble que le rodea, sus escritos, sin embargo, a pesar de la dirección personal que todos ellos llevan, no pueden disimular un matiz universal y en cierto modo ecuménico. El moralista español fué quien contribuyó poderosamente a formar el tropel invicto de almas ejemplares que en impresionante desfile nos presentan Tácito en sus *Annales* y Plinio el Joven en sus *Epístolas*, y que a la vez son su más bello ornamento. La formación de estas grandes almas fué el servicio grande que prestó Séneca a la República. El lo sabía muy bien: «Nec is solus rei publicae prodest, qui candidatos extrahit et tuetur reos et de pace belloque censet, sed qui juventutem exhortatur, qui in tanta bonorum praeceptorum inopia virtutem instillat animis, qui ad pecuniam luxuriamque cursu ruentis prensat ac retrahit et, si nihil aliud, certe moratur, in privato publicum negotium agit. An ille plus praestat, qui inter peregrinos et cives aut urbanus praetor adeuntibus assessores verba pronuntiat, quam qui quid sit justitia, quid pietas, quid patientia, quid fortitudo, quid mortibus contemptus, quid deorum intellectus, quam tutum gratuitumque bonum sit bona conscientia?»⁶⁹.

Y con ello tenía ya bastante Séneca.

Los trofeos que él ofrendó a la patria no fueron despojos inmortales de ciudades conquistadas o enemigos subyugados, sino

⁶⁸ *Epist.* 16, 3.

⁶⁹ *Tranq. an.*, 3 3-4.

cohortes brillantes y limpias de almas fuertes y bellas labradas y formadas con su dirección y consejo.

Antes, empero, de estudiar algunos de los frutos regalados de la dirección del filósofo, debemos examinar con algún detalle el sistema o ideario espiritual del moralista.

Ideario espiritual de Séneca.

Para conocer el ideario espiritual que el experimentado maestro proponía a sus discípulos debemos ante todo dejar asentado lo que forma como la base y «disposición fundamental de una naturaleza particular, que da a cada uno su valor moral»⁷⁰.

Séneca no ha presentado metódicamente en parte alguna de sus escritos su propia doctrina; un resumen, sin embargo, no despreciable y tal vez el más completo de sus procedimientos de enseñanza, lo hallamos en las cartas 94 y 95 a Lucilio. Comienza Séneca por distinguir dos partes en su doctrina. La una regula al hombre y su vida, según el lugar y medio concreto en que le toca desenvolverse, preceptuándole al detalle cuanto a su estado atañe; la otra, por el contrario, prescindiendo del hombre «in individuo» trata de «componer» la vida humana y de elevarla a su máximo grado de moralidad. La primera viene a definirla Séneca: «Quae dat propria cuique personae praecepta»⁷¹. La segunda la precisa diciendo: «In universum componit hominem»⁷². A esta segunda parte de la doctrina de Séneca y de la Stoa pertenecen los «*decreta*» de la filosofía, los como principios fundamentales y esenciales, base y sostén de todo ulterior desenvolvimiento moral humano; estos principios son «*generalia*» y se oponen a los «*praecepta*» que son forzosamente «*specialia*» y que pertenecen a la segunda parte.

¿Cómo se diferencian ambas partes? El mismo Séneca se formula la pregunta y responde: «Quid enim interest inter decreta philosophiae et praecepta, nisi quod illa generalia praecepta sunt,

⁷⁰ A. GUILLEMIN, *Sén. dir. d'ames* (Rev. des Et. Lat T. XXX, 1952, pg. 206); cfr. REL 32 (1954) 250-274.

⁷¹ *Epist.* 94, 1.

⁷² *Epist.* 94, 1.

haec specialia? Utraque res praecipit, sed altera in totum, particulatim altera»⁷³.

La posición del maestro puede ya colegirse por el significativo rótulo con que los comentadores encabezaron las epístolas 94 y 95: «Utilidad de los preceptos» e «Insuficiencia de la filosofía preceptiva». Ni los «decreta» son por sí solos suficientes, ni son eficaces por sí mismos los «praecepta»⁷⁴.

Los principios «*decreta*» son necesarios. La filosofía es contemplativa y activa a la vez: «spectat simul agitque»⁷⁵. Como contemplativa tiene también sus principios: «Nulla ars contemplativa sine decretis suis est, quae graeci vocant dogmata, nobis decreta licet appellare, vel scita, vel placita»⁷⁶. Los preceptos parciales son de suyo endebles y, por decirlo así, sin raíces; los principios son los que dan robustez, los que tutelan nuestra seguridad y nuestra paz, los que abarcan, en su totalidad, a la vez la vida y la naturaleza⁷⁷.

Séneca establece igual diferencia entre los principios y los preceptos, que entre los elementos y los miembros: «Haec ex illis dependent, illa et horum causae sunt et omnium»⁷⁸. En medio de la perversidad reinante, cuando el olvido de la honestidad ha invadido las almas y no hay nada torpe, si agrada su precio, cuando el placer se busca por doquier, el lujo se precipita en la avaricia y ningún vicio se recluye en su esfera propia, hay que echar mano de los principios para arrancar de raíz las ideas erróneas generalmente aceptadas y curar males tan inveterados: «Decretis agendum est, ut reveletur penitus falsorum persuasio»⁷⁹. «In iis, quos velis ad beatam vitam perducere, prima fundamenta jacenda sunt et insinuanda virtus»⁸⁰. A eso llama Séneca «decreta»⁸¹. Es menester infiltrar convicciones para toda la vida; tal como fueren estas convic-

⁷³ *Epist.* 94, 31.

⁷⁴ *Epist.* 94, 21.

⁷⁵ *Epist.* 95, 10.

⁷⁶ *Epist.* 95, 10.

⁷⁷ *Epist.* 95, 12.

⁷⁸ *Epist.* 95, 12.

⁷⁹ *Epist.* 95, 34.

⁸⁰ *Epist.* 95, 35.

⁸¹ *Epist.* 95, 44.

ciones serán las obras y los pensamientos; y como fueren éstos será la vida. Para quien quiere ordenar el todo son poca cosa los consejos parciales: «In particulas suasisse totum ordinanti parum est»⁸².

Con todo no están por demás los preceptos ni dejan de tener cuenta. Principios y preceptos «inter se consentiunt; nec illa possunt praecedere ut non haec sequantur, et haec ordinem sequuntur suum: unde apparet illa praecedere»⁸³. Siguiendo a Aristón, los principios merecen a Séneca lugar de preferencia; obtienen la primacía y la precedencia. Pero pisando sus talones vienen los preceptos. No solamente, pues, son útiles los principios de la sabiduría, sino también los preceptos que, semejantes a los edictos, reprimen y atan nuestras pasiones: «Non tantum scita sapientiae prosunt, sed etiam praecepta, quae affectus nostros velut edicto coercent et ablegant»⁸⁴. Gran acopio de argumentos presenta Séneca a lo largo de toda la epístola 84 para demostrar y probar que no son superfluos los preceptos.

Concede abiertamente Séneca que para el varón perfecto y que llegó al ápice de la felicidad humana⁸⁵ bastarían, absolutamente hablando, los principios. Pero el moralista español se dirige al hombre imperfecto, al que está en la vía de la perfección. Al proficiente que, deseoso de iniciar la vida bienaventurada y alcanzar la sabiduría, llega por primera vez al pórtico, Séneca le descubre ante todo el modelo, el ideal del auténtico sabio y añade luego para encauzar su ardor y celo por la perfección un catálogo selecto de preceptos y consejos.

Según el propio Séneca, media una distinción abismal entre el varón de consumada sabiduría y el simple aprovechado en ella⁸⁶. En dos grandes categorías divide el filósofo a la humanidad afanosa del bien y de la virtud: la de los proficientes y la de los perfectos. Entre ambas categorías existe la misma diferencia que «inter

⁸² *Epist.* 95, 44.

⁸³ *Epist.* 94, 34.

⁸⁴ *Epist.* 94, 47.

⁸⁵ *Epist.* 94, 50.

⁸⁶ *Epist.* 72, 6.

sanum et ex morbo gravi ac diutino emergentem, qui sanitatis loco est levior accessio: hic nisi attendit, subinde gravatur et in eadem revolvitur; sapiens recidere non potest, ne incidere quidem amplius»⁸⁷. En la primera categoría, o sea en la de los proficientes, admite Séneca tres grados, diferencias o clases. En la epístola 75 nos dice: «Inter ipsos quoque proficientes sunt magna discrimina: in tres classes, ut quibusdam placet, dividuntur»⁸⁸. La primera es la de aquellos que aún no tienen la sabiduría, pero que ya pusieron el pie en sus umbrales⁸⁹. La segunda es la de aquellos que dejaron las más peligrosas enfermedades del alma⁹⁰. La tercera finalmente, es la de aquellos que están ya libres de muchos y grandes vicios, pero no de todos⁹¹. Estas tres clases dichas las había enunciado y analizado Séneca poco antes en la epístola 72 y al concluir la 71 confesaba también: «In ipsis sapientiam sectantibus magna discrimina esse fateamur necesse est: alius jam in tantum profecit, ut contra fortunam audeat attollere oculos: sed non pertinaciter, —cadunt enim nimio splendore praestrici—; alius in tantum, ut possit cum illa conferre vultum, si jam pervenit ad summum et fiduciae plenus sit»⁹²,

Esta catalogación de los seguidores de la filosofía le sirve a nuestro mentor de almas para no cometer el entuerto de exigir lo mismo al sabio que al aspirante o proficiente⁹³.

Repetimos nuevamente que Séneca encamina primordialmente su dirección al proficiente y así comienza por diseñar a los ojos entumecidos y tórpidos del principiante el dechado del «sabio» clásico y tradicional del estoicismo. Pero, creyendo nuestro moralista que no debe proponer a la humana debilidad que comienza un ideal demasiado elevado e inaccesible, y amando la dirección concreta de los espíritus, somete su ideal y toda la filosofía estóica a aque-

⁸⁷ *Epist.* 72, 6.

⁸⁸ *Epist.* 95, 8.

⁸⁹ *Epist.* 95, 9.

⁹⁰ *Epist.* 95, 13.

⁹¹ *Epist.* 95, 14.

⁹² *Epist.* 71, 34.

⁹³ *Epist.* 71, 30.

llas mitigaciones y atenuaciones que exige la realidad de la vida moral del hombre. «Avec les précautions nécessaires pour les rendre praticables sans les détourner de leur but», como muy bien advierte A. Guillemin ⁹⁴. Séneca rompe el antiguo patrón estóico, despiadado e inflexible y ofrece otro más humano y suave, acomodado a las posibilidades y mísera condición de los mortales. Como los ojos del novel discípulo se hallan ensombrecidos y como cegados por el mal, el maestro borra primeramente las visiones falsas de las cosas y ante sus pupilas, ávidas ya de luz, delinea con rasgos fulgurantes la hermosura del bien y de la virtud.

Cara a cara ya con su nuevo hijo espiritual, Séneca inicia su difícil misión. Disipa las nubes de ideas falsas y opiniones erróneas sobre los bienes y los males que obnubilan el espíritu, deposita en él principios de rectitud y criterios de bondad y honestidad, y muestra cuál es la verdadera dignidad del hombre y cuáles sus legítimos bienes.

Ante todo el maestro quiere que su dirigido se consagre enteramente a la filosofía o sabiduría, madre del bien y de la virtud; ha de dejar todos los estorbos y consagrarse a la mejoría del espíritu mediante el cultivo de la filosofía; ha de amarla, no con un amor flojo y medido, sino con un amor apasionado y ardiente. Debe abrazarse con ella con una adhesión casi supersticiosa; tan profundamente debe amarla que vivir quiera con ella y, sin ella, no quiera vivir ⁹⁵. La filosofía, le dice ⁹⁶, no es profesión de pasatiempo. Es ocupación asidua. Nuestra ama es y exige nuestra atención.

Antes de eso le había dicho ya ⁹⁷, que la misma servidumbre a la filosofía es la libertad, según el aforismo del propio Epicuro: «Philosophiae servias oportet, ut tibi contingat vera libertas».

Séneca sabía muy bien ⁹⁸ que una vida sin objeto e ideal es una vida lanzada al azar; por esto señala repetidamente a su discípulo el faro luminoso hacia el cual debe orientar los actos todos de su vi-

⁹⁴ A. GUILLEMIN, *Sén. dir. d'ames* (Rev. des Etud. Lat. T. XXXI, pg. 215)

⁹⁵ *Epist.* 95, 35.

⁹⁶ *Epist.* 53, 9.

⁹⁷ *Epist.* 8, 7.

⁹⁸ *Epist.* 95, 46.

da. En la epístola 95 dice bellamente el filósofo: «Proponamus oportet finem summi boni, ad quem nitamur, ad quem omne factum nostrum victumque respiciat: veluti navigantibus ad aliquod sidus dirigendus est cursus»⁹⁹. Séneca quiere infiltrar en la profundidad más honda de su dirigido, como condición inamovible, la idea y el principio de la honestidad y de la rectitud que nos vienen por medio de la sabiduría; cual fuere esta condición serán las obras y los pensamientos y cual fueren estos, será la vida. Honestamente vivirá toda su vida quien se hubiere consagrado decididamente a la honestidad y creyere firmemente que el único bien entre todas las cosas humanas es ella y las cosas que de ella provienen.

A fin de que su dirigido se penetre más íntimamente de esta verdad que cree Séneca básica para la recta formación de las conciencias, alude machaconamente en sus cartas a los bienes inapreciables que lleva consigo la sabiduría. La idea central en torno a la cual giran las 124 cartas de su epistolario es invariablemente la sabiduría, su definición y utilidad, sus bienes y sus alabanzas, sus promesas y sus exigencias, sus dogmas y preceptos.

Abranse por cualquier página las epístolas a Lucilio y en todas ellas se encontrará indefectiblemente una exhortación entusiasta al estudio de la filosofía, un elogio cálido o un afecto encendido. Para no alargarnos en demasía, remitimos únicamente al lector a la carta 90 en donde afirma Séneca que la filosofía es maestra no de las manos, sino de las almas; que es fautora de paz y llama al linaje humano a la concordia; que camina a la bienaventuranza, a ella conduce y hacia ella abre sendas y veredas¹⁰⁰. Y en un arranque de sublimidad llega a decir: «Haec ejus initiamenta sunt, per quae non municipale sacrum, sed ingens deorum omnium templum, mundus ipse reseratur, cujus vera simulacra verasque facies cernendas mentibus protulit: nam ad spectacula tam magna hebes visus est»¹⁰¹. Sólo con la abundancia de su repertorio anecdótico y con la vívida descripción de costumbres, caracteres, paisajes, etc., con que va cambiando continuamente el escenario de sus enseñanzas, ha podi-

⁹⁹ *Epist.* 95, 45.

¹⁰⁰ *Epist.* 90, 26 sg.

¹⁰¹ *Epist.* 90, 28.

do salvar Séneca, como nota muy bien el Dr. C. Cardó ¹⁰², la escasez de ideas fundamentales.

La ambición del maestro cífrase en imbuir plenamente de la filosofía el ánimo de su dirigido: «Illud autem te, mi Lucili, rogo atque hortor, ut philosophiam in praecordia ima demittas et experimentum profectus tui capias non oratione nec scripto, sed animi firmitate, cupiditatum deminutione: verba rebus proba» ¹⁰³. Y en la epístola 115 traza a su dirigido con fuerza y viveza insuperables, la imagen arrebatadora del alma del hombre bueno que tan entrañablemente esculpida en su ser llevaba Séneca y ante cuyos vislumbres se había encandilado de amor tantas veces: «Si nobis animum boni viri liceret inspicere, o quam pulcram faciem, quam sanctam, quam ex magnifico placidoque fulgentem videremus» ¹⁰⁴. Y cautivado por la benignidad de su rostro, como por una divinidad, prorrumpe atónito y reverente en aquella exclamación de Virgilio:

«O quam te memorem, virgo? Namque haud tibi vultus
mortalis, nec vox hominem sonat...

Sis felix, nostrumque leves quaecumque laborem» ¹⁰⁵.

Para llegar a la posesión de este subido ideal es preciso trabajo, esfuerzo, constancia; empeñarse en ello con toda el alma: «Quid spectas? Nulli sapere casu obtigit. Pecunia veniet ultro, honor offeretur, gratia ac dignitas fortasse ingerentur tibi: virtus in te non incidet, ne levi quidem opera aut parvo labore cognoscitur» ¹⁰⁶,

Y la conclusión del maestro es apremiante: «Illi te totum dedica: dignus illa es; illa te digna est: ite in complexum alter alterius» ¹⁰⁷.

Luego que el maestro ha insinuado a su discípulo el amor a la virtud y ha colocado en las profundidades del alma estos primeros cimientos, no duda en exigirle la práctica más dura y austera de toda honestidad y rectitud. El primer vínculo de la milicia es la fe ju-

¹⁰² DK. C. CARDO, *L. A. Séneca, Lletres a Lucili*, vol. I, pg. III.

¹⁰³ *Epist.* 20, 1.

¹⁰⁴ *Epist.* 95, 3.

¹⁰⁵ VERG. *Aen.*, I, 327-329; cfr. *Epist.* 95, 5.

¹⁰⁶ *Epist.* 76, 6.

¹⁰⁷ *Epist.* 53, 8.

rada y el amor a la bandera ¹⁰⁸; pero en la milicia del espíritu el vínculo primero que aúna las fuerzas del alma y evita cobardes deserciones es esta ilusión apasionada por el ideal de la virtud. Séneca afirmaba: «In supervacuum praecepta jactavimus, nisi illud praecesserit, qualem de quacumque re habere debeamus opinionem, de paupertate, de divitiis, de gloria, de ignominia, de patria, de exilio» ¹⁰⁹.

El dirigido ha quedado como obligado por este sagrado juramento y compromiso que presupone su consagración a la filosofía: «Quod maximum vinculum est ad bonam mentem, promisisti virum bonum, sacramento rogatus est» ¹¹⁰. El maestro, por su parte, consciente de la capacidad casi infinita del alma enamorada de la virtud ¹¹¹, pide, manda y exige siempre más. El dirigido, como alma endeble y alejada de la perfección, necesita que alguien le preceda y diga: evita esto, haz aquello. Debe ir a su lado algún mentor que le tire de la oreja y aleje los rumores y proteste de los encomios del pueblo ¹¹².

Y primeramente manda con urgencia a su dirigido que aproveche con mano diligente y solícita el tiempo que se le concede para reprimir sus pasiones y avanzar por la senda de la virtud. En su primera epístola aconseja ya al dirigido: «Fac ergo, mi Lucili, quod facere te scribis, omnes horas complectere. Sic fiet ut minus ex crastino pendeas, si hodierno manu injeceris. Dum differtur, vita transcurrit» ¹¹³. Y a lo largo de todo el epistolario repite Séneca este mismo consejo, como toque de alarma que despierte la conciental vez soñolienta y perezosa: «Ad bonam mentem magno cursu ac totis viribus tende, si quid est, quo teneris, aut expedi, aut incide» ¹¹⁴.

El alma humana se encuentra sitiada; a su alrededor suena estrépito horrísono de guerra. Enemigos fieros acechan al alma y arro-

¹⁰⁸ *Epist.* 95, 35.

¹⁰⁹ *Epist.* 95, 54.

¹¹⁰ *Epist.* 37, 1.

¹¹¹ *Epist.* 108, 2: «Quo plus recipit animus, hoc se magis laxat».

¹¹² *Epist.* 94, 50, 55.

¹¹³ *Epist.* 1, 2.

¹¹⁴ *Epist.* 17, 1.

jan vibrando sus dardos hostiles. Nuestros enemigos son la avaricia, la ambición y el miedo a la muerte, vencedora de los vencedores de los pueblos. No puede por lo mismo sentarse ociosamente ante la vista del enemigo; los riesgos del asedio le amenazan constantemente y la muerte viene a su alcance ¹¹⁵. Debe luchar denodadamente y morir, si precisa, en la pelea. Siempre nos quedan por vencer muchos más enemigos que los que hemos derrotado. Entonces por fin la vida será vida. De otra manera es un pasatiempo, y un pasatiempo vergonzoso para quienes la emplean en fealdades. ¿Cuándo será que podamos, luego de haber reprimido nuestras pasiones y sujetádaslas a nuestro albedrío, lanzar el grito triunfal: «Vici»? ¹¹⁶.

Por lo que antecede puédesse muy bien colegir el concepto que de la vida quería Séneca tuviera su dirigido. La concepción que Séneca se forma de la vida tiene muchos puntos de contacto con San Pablo; para Séneca como para Pablo la vida es lucha y deporte del espíritu. En este punto encontrará el lector palabras y sentencias impregnadas de auténtico sabor paulino.

Debe tener muy presente el dirigido que la vida no es milicia muelle y fácil ¹¹⁷. Nacimos para una milicia en la que no hay licencias. La violencia abre el camino de la virtud: «Sépaslo, Lucilio, vivir es guerrear» dice tajantemente Séneca al concluir su epístola 96. Y deseoso del mayor bien espiritual de su dirigido llega Séneca a formular no sólo con magnanimidad, sino con absoluto convencimiento este sublime voto, propio del más riguroso ascetismo: «Neque dii, neque deae faciant, ut te fortuna in deliciis habeat» ¹¹⁸.

Ligado por un sagrado juramento (*sacramento*) el dirigido está obligado a luchar y no puede deponer las armas. La fórmula de compromiso honrosísimo que fuerza al dirigido a la lucha continuada y sin treguas es la misma que la de los luchadores del circo: «Ser quemado, atado, muerto a hierro» y con osada inexorabilidad concluye: «Illis licet arma summittere, misericordiam populi tempta-

¹¹⁵ *Epist.* 49, 8.

¹¹⁶ *Epist.* 71, 37.

¹¹⁷ *Epist.* 37, 1-2.

¹¹⁸ *Epist.* 96, 4.

re: tu neque summittes nec vitam rogabis: recto tibi invictoque moriendum est»¹¹⁹.

De otra metáfora, menos belicosa pero de igual expresividad y fuerza, se vale Séneca para inculcar a Lucilio esta misma concepción austera de la vida. La vida del hombre es una larga jornada; a lo largo de nuestro viaje hemos de pagar frecuentemente tributo obligado al dolor, al sufrimiento y a la muerte, achaques de toda la vida. Quejarse de todo ello es tan ridículo como dolerse de ser rociado por la calle o salpicado de lodo: «Omnia ista in longa vita sunt, quomodo in longa via et pulvis et lutum et pluvia»¹²⁰. Un poco después vuelve a insistir en el tema y ofrece a su discípulo las aplicaciones que se desprenden del enunciado anterior: «Non est delicata res vivere. Longam viam ingressus est: et labaris oportet ut arietes et cadas et lasseris et exclames: «o mors»! id est mentiaris»¹²¹. Y al querer mostrar a su dirigido el término glorioso y el galardón final, Séneca reviste nuevamente su pensamiento con la metáfora de los atletas tan clara e inteligente a la mentalidad pagana de aquel entonces: «Athletae quantum plagarum ore, quantum toto corpore excipiunt? Ferunt tamen omne tormentum gloriae cupiditate nec tantum quia pugnant ista patiuntur, sed ut pugnent: exercitatio ipsa tormentum est. Nos quoque evincamus omnia, quorum praemium non corona nec palma est nec tubicen praedicatione nominis nostri silentium faciens: sed virtus et firmitas animi et pax in ceterum parta, si semel in aliquo certamine debellata fortuna est.»¹²².

Como consecuencia inmediata de esta concepción agonística y varonil de la vida quiere el estóico formador que su dirigido ponga a prueba su virtud. Que el alma no se tambalee en medio de la prosperidad, no es ello para el maestro ningún milagro ni se requieren por lo mismo fuerzas especiales. Sólo cuando el dirigido se yergue allí donde todos se abaten y se mantiene en pie donde todos sucumben, podrá denominarse varón fuerte y egregio. Por

¹¹⁹ *Epist.* 37, 2.

¹²⁰ *Epist.* 96, 3.

¹²¹ *Epist.* 107, 2.

¹²² *Epist.* 78, 16.

esto Séneca aconseja que sostenga con el cuello erecto el peso de las adversidades y que se mantenga vertical debajo de cualquier golpe de la fortuna ¹²³.

Quiere el moralista cordobés que la virtud sufra la prueba; con el ejercicio diario se prepara el alma para las dificultades y se afirma contra las injurias de la fortuna. Nunca es tan grande la paz ni tan duradera la seguridad que no sufran la amenaza continua de la lucha tormentosa: «Miles, dice Séneca, in media pace decurrit, sine ullo hoste vallum jacet et supervacuo labore lassatur, ut sufficere necessario possit. Quem in ipsa re trepidare nolueris, ante re exerceas» ¹²⁴.

Pero va más allá el formador. Con la audacia atrevida de toda virtud estoica no duda el maestro en aconsejar a su discípulo que vaya en busca de la prueba y que rete provocativamente a la fortuna para poder así hacer experiencia de su virtud y demostrar el brío de su brazo ¹²⁵. Plácele a Séneca tener a su alcance algo que vencer, alguna aspereza en que ejercitarse. Cuando sabe que el dirigido ha luchado con la fortuna a brazo partido y que ha hecho experiencia de sus fuerzas, el director sonríe con dulce satisfacción: «¡Así es cómo se prueba la reciedumbre del ánimo y se curte el alma; la adversidad es su piedra de toque! Mucho añade a su fibra la virtud hostigada. Nunca inspiran una firme confianza las fuerzas humanas sino cuando al surgir los golpes de la fortuna, el alma no se entrega sino que se incorpora con nuevo brío y afronta sus embestidas con noble valentía». «Non potest, confiesa el maestro, athleta magnos spiritus ad certamen afferre, qui numquam puggillatus est: ille, qui sanguinem suum vidit, cujus dentes crepuere sub pugno, ille, qui supplantatus adversarium toto tulit corpore nec projecit animum profectus, qui quotiens cecidit, contumacior resurrexit, cum magna spe descendet ad pugnam» ¹²⁶.

Juntamente con estas bases solidísimas de todo edificio espiri-

¹²³ *Epist.* 71, 25.

¹²⁴ *Epist.* 18, 6.

¹²⁵ *Epist.* 64, 4-5.

¹²⁶ *Epist.* 13, 2.

tual y acabada perfección y después de los primeros sillares que acabamos de estudiar, Séneca, arquitecto de almas, exige al dirigido una moderación perfectísima en todo; moderación que huye de todo lujo, molicie y ostentación y se abraza gozosamente con la pobreza, la frugalidad y la austeridad ¹²⁷. El dirigido ha de seguir la ley de la naturaleza, pues es propio del sabio acomodarse a ella ¹²⁸. Al alcance de la mano y ya aderezado está lo que reclama la naturaleza. La naturaleza pide el mínimo: No padecer hambre, no sufrir sed, no aterirse de frío. Las necesidades de la naturaleza son llevaderas, comenta bellamente Séneca: «Nemo nascitur dives; quisquis exit in lucem, jussus est lacte et panno esse contentus» ¹²⁹. No manda el avisado maestro que se niegue el dirigido a la naturaleza: es porfiada, no puede ser vencida, pide lo que es suyo. Pero sí que le advierte que todo lo que excede de la naturaleza no es cosa de necesidad sino de antojo. Debe, pues, guardar un tenor de vida sano y salubre; con su cuerpo ha de guardar una indulgencia que sea compatible con su salud, sin olvidar empero, que ha de tratarlo con dureza para que no sea desobediente al espíritu. El consejo del maestro es límpido y claro: «Cibus famem sedet, potio sitim extinguat, vestis arceat frigus, domus munimentum sit adversus infesta corporis» ¹³⁰.

Donde no quiere Séneca medida y moderación es en el exterminio y extinción de las pasiones. Debe el dirigido combatir las pasiones todas, aún las moderadas; no quiere el prudente director ninguna pasión, aunque sea mediocre y no haya alcanzado el grado suficiente de desarrollo y violencia propios de toda verdadera pasión. Toda pasión, por chica que sea, es desobediente, ni escucha ni puede seguir el dictamen de la razón. No vale argüir: «Habet pecuniae cupiditatem sed modicam: habet ambitionem, sed non concitatam: habet iracundiam, sed placabilem: habet inconstantiam,

¹²⁷ Ya en ajenos vergeles había encontrado Séneca estos dichos: «Magnae divitiae sunt lege naturae composita paupertas» (*Epist.* 4, 10). «Sapiens divitiarum naturalium est quaesitor acerrimus» (*Epist.* 119, 5).

¹²⁸ *Epist.* 18, 9.

¹²⁹ *Epist.* 20, 13.

¹³⁰ *Epist.* 8, 5.

sed minus vagam ad mobilem: habet libidinem sed non insanam... Falsa est itaque ista mediocritas et inutilis, eodem loco habenda, quo si quis diceret modice insaniendum, modice aegrotandum»¹³¹. La medianía del mal no es buena salud. No ve Séneca cómo pueda ser saludable ni útil una mediana enfermedad. Toda pasión, en su comienzo, si le permitimos la entrada en nuestra alma difícilmente conseguiremos luego que nos abandone; la pasión se anima y cuanto más va, más se apodera de nosotros. Por lo cual debe el dirigido resistir enérgicamente a toda pasión en sus comienzos, porque es más fácil no dejarla entrar que echarla. Tampoco permite Séneca ninguna tregua en la lucha diaria contra las embestidas de la pasión; no da licencia ni una sola vez, porque dice: «illud aliquatenus longe producitur, nec ubi vis, accipit finem»¹³².

Sobre el cuidado que debe el dirigido tener de su propio cuerpo aconseja Séneca una medida humana acabadísima: «non nego indulgendum illi, serviendum nego, multis enim serviet, qui corpori servit, qui pro illo nimium timet, qui ad illud omnia refert. Sic gerere nos debemus, non tamquam propter corpus vivere debeamus, sed tamquam non possimus sine corpore... Agatur ejus diligentissime cura, ita tamen, ut cum exiget ratio, cum dignitas, cum fides, mittendum in ignes sit»¹³³. Y al hablar de los deportes físicos vuelve a dar la primacía al alma sobre el cuerpo¹³⁴. El dirigido, haga lo que haga, debe ordenar siempre con tesón el cuerpo al alma. El cuerpo es agobio y pena del alma; bajo su peso está oprimida y prisionera. El alma, cautiva en este lóbrego y triste domicilio, debe salir siempre que pueda al aire libre a la contemplación de la naturaleza. «Sapiens, dice el gran moralista, assectatorque sapientiae adhaeret quidem in corpore suo, sed optima sui parte adest cogitationes suas ad sublimia intendit. Velut sacramento rogatus hoc, quod vivit, stipendium putat: et ita formatus est, ut illi nec amor vitae nec odium sit, patiturque mortalia, quamvis

¹³¹ *Epist.* 85, 7, 9.

¹³² *Epist.* 116, 4.

¹³³ *Epist.* 14, 1-2.

¹³⁴ *Epist.* 15, y 80.

sciat ampliora superesse»¹³⁵. Y concluye con el aforismo célebre ya en la ascética cristiana: «Major sunt et ad majora genitus, quam ut mancipium sim mei corporis»¹³⁶.

Hasta aquí habrá advertido el lector que Séneca nada ha dicho todavía sobre el comportamiento que el discípulo debe observar con los que le rodean. Como buen estóico el primer deber que inculca es el aislamiento absoluto de la masa. Con toda urgencia manda Séneca a su dirigido que evite la masa (*turba*). El mismo maestro confiesa paladinamente: «ego certe confitebor imbecillitatem meam: numquam mores, que extulit, refero. Avarior redeo, ambitiosior, luxuriosior, immo vero crudelior et inhumanior, quia inter homines fui»¹³⁷. El pueblo es el disuadidor perpetuo de la virtud. El comercio con la multitud es dañino; los vicios de los demás contaminan al alma y sin que se dé ella cuenta la manchan con el solo contacto. «Nulla ad aures nostras vox impune perfertur: nocent qui optant, nocent que execrantur»¹³⁸. Sobre todo en los comienzos de la vida espiritual, en que el ánimo es tierno y poco firme en la rectitud, aconseja Séneca el aislamiento de la masa, pues con facilidad se contraen los defectos de los demás. Dice el formador: «Subducendus populo est tener animus et parum tenax recti: facile transitur ad plures. Socrati et Catoni et Laelio excutere morem suum dissimilis multitudo potuisset. Unum exemplum luxuriae aut avaritiae multum mali facit... Quid tu accidere his moribus credis, in quos publice factus est impetus?»¹³⁹. Séneca pensaría sin duda al escribir estas líneas en el discípulo imperial, pobre víctima de unos compañeros de disolución.

No obstante debe el dirigido evitar un escollo frecuente en los espíritus que, deponiendo todo otro cuidado se consagran ardorosamente al propio mejoramiento. Séneca es un mentor ecuánime. Con precaución eximia avisa al dirigido que ni en su comportamiento exterior ni en su género de vida se singularice de los de-

¹³⁵ *Epist.* 65, 18.

¹³⁶ *Epist.* 65, 21.

¹³⁷ *Epist.* 7, 1-3.

¹³⁸ *Epist.* 94, 53.

¹³⁹ *Epist.* 7, 6, 7.

más, buscando el aprovechamiento y no la ostentación. Escribe a este respecto Séneca: «Intus omnia dissimilia sint, frons populo nostra conveniat... Id agamus, ut meliorem vitam sequamur quam vulgus, non et contrariam: alioquin quos emendari volumus fugamus a nobis et avertimus. Suspiciant omnes vitam nostram, sed agnoscant»¹⁴⁰.

El apartamiento casi absoluto de la gran masa tampoco quiere decir odio y desamor a la humanidad. Debe saber el dirigido que todos los hombres son miembros de un gran cuerpo; la naturaleza ha sacado a los hombres de un mismo origen y a todos los ha destinado a un mismo fin; ella los ha creado, pues, a todos parientes. La naturaleza nos infundió el amor mutuo y nos hizo sensibles; por mandato suyo todas las manos han de alargarse a quien necesite ayuda. Por lo cual está obligado el dirigido a alargar la mano al naufrago, a demostrar la senda a quien se descaminó y a partir su pan con el que tiene hambre. Como fórmula compendiosa de los deberes humanos recomienda Séneca que el dirigido tenga siempre en el corazón y en la boca aquel divino verso: «Homo sum, humani nihil a me alienum puto»¹⁴¹. Y con palabras humanísimas, prodigio de filantropía, que aureolan las sienes del maestro con destellos cristianos, escribe Séneca la carta magna de hermandad de todo el género humano: en ella los siervos y los esclavos son también hombres, son humildes amigos y son señores que nacieron de la misma semilla que los demás y gozan de un mismo cielo¹⁴². Noticioso Séneca de que Lucilio vivía familiarmente con los esclavos, no puede menos de expresar la complacencia gratísima que le ha producido con tal nueva y manifiéstale al mismo tiempo sus propios sentimientos. Con valor en el alma llega a confesar Séneca: «In quos (servos) superbissimi, crudelissimi, contumeliosissimi sumus»¹⁴³. Y como resumen de su doctrina escribe a continuación: «Sic cum inferiore vivas, quemadmodum tecum superiorem velis

¹⁴⁰ *Epist.* 5, 2, 3, 5: toda esta epístola acerca de los singularidades rebosa sentido común, sociabilidad y humanidad.

¹⁴¹ *Epist.* 95, 53.

¹⁴² *Epist.* 47, 10.

¹⁴³ *Epist.* 47, 11.

vivere»¹⁴⁴. Y aunque prevé Séneca la tempestad huracanada de protestas que van a levantar sus palabras humanitarias, no duda en aconsejar: «Vive cum servo tuo clementer, comiter quoque, et in sermonem illum admitte et in consilium et in convictum»¹⁴⁵. Finalmente, como cima y meta de la honestidad y virtud, señala Séneca el «dios interior» o la presencia de Dios, como dicen los maestros de nuestra espiritualidad cristiana. Reconoce Séneca la eficacia perfeccionadora que representa para el alma la presencia de un testigo y censor de nuestra vida. Esta presencia vigilante, escudriñadora del interior del hombre, obliga al alma a vivir con más perfección y a obrar con suma cautela y sinceridad. Séneca menciona un doble testigo presente en las reconditeces más íntimas e inviolables de nuestra vida: Dios y la conciencia. Vea por sí mismo el lector los prudentísimos consejos que el gran formador de conciencias da a su dirigido: «Prope est a te deus, tecum est, intus est»¹⁴⁶; »Tunc autem felicem esse te iudica, cum poteris in publico vivere, cum te parietes tui tegent, non abscondunt, quod plerumque circumdatos nobis iudicamus non ut tutius vivamus, sed ut peccemus occultius, bona conscientia turbam advocat, mala etiam in solitudine anxia atque sollicita est. Si honesta sunt quae facis, omnes sciant, si turpia, quid refert neminem scire, cum tu scias? O te miserum, si contemnis hunc testem»¹⁴⁷. Y nuevamente: «Quid enim prodest ab homine aliquid esse secretum? Nihil deo clausum est»¹⁴⁸.

A través de este acabado ideario espiritual, Séneca espera conducir al dirigido a la realización de todo el programa de la vida estoica y a la consecución de su fin sobre la tierra. Término y meta, fin y objeto de toda la vida del hombre según el estoico maestro, es el renacimiento o restauración de la propia creación: «Peiores morimur quam nascimur» dice el filósofo¹⁴⁹. La naturaleza nos engendró perfectos, sin pasiones, sin temores, sin perfidia, sin supersti-

¹⁴⁴ *Epist.* 47, 11.

¹⁴⁵ *Epist.* 47, 13.

¹⁴⁶ *Epist.* 41, 1.

¹⁴⁷ *Epist.* 43, 3-5.

¹⁴⁸ *Epist.* 83, 1.

¹⁴⁹ *Epist.* 22, 15.

ción y sin ninguna de las pestes restantes ¹⁵⁰. «Nulli nos vitio natura conciliat: illa integros ac liberos genuit» ¹⁵¹. Cometido exclusivo del hombre es volver a la naturaleza tan puro y tan libre como de ella salió. Al abrirse los nuevos seres humanos, la naturaleza escribe con firmes caracteres sobre sus tiernas frentes: «Quales intrastis, exite» ¹⁵².

Cabría esperar ciertamente después de tan brillante carrera un término más glorioso y halagador; pero la mente del filósofo no llegó a más. Ante el misterio del más allá Séneca vacila, fluctúa y duda. Séneca nos ofrece un ideario espiritual inacabado: tras una trayectoria luminosa, sublime y cuasi divina nos presenta un ocaso sombrío, frío y triste.

Exitos y fracasos

Lucio Anneo emprendió muy pronto en Roma una brillante trayectoria política. Pero al mismo tiempo inició el filósofo cordobés su carrera de moralista, forjada en los moldes del estoicismo más sano.

En torno suyo creemos que se agruparían muy pronto un cortejo de almas selectas ansiosas de un nivel de vida más elevado que el de la multitud. Séneca, oráculo y mentor de esta élite de almas romanas, comenzó su labor predilecta de formación ¹⁵³.

Hoy, empero, sólo a través de sus obras podemos adivinar su magnífica obra. Sus libros más acabados fueron respuestas a consultas sobre estados de espíritu ¹⁵⁴; cartas de dirección que llevan a

¹⁵⁰ *Epist.* 22, 15.

¹⁵¹ *Epist.* 94, 56.

¹⁵² *Epist.* 22, 15.

¹⁵³ «Séneca era el tipo perfecto de aquel *philosophus* que tenían las familias nobles para ejercer en ellas una verdadera dirección espiritual y por esto toda su filosofía, a más de tener un matiz moral, iba dirigida a la dirección de una vida» (C. CARDÓ, *L. A. Séneca, De la Ira*, Introducció, XXXII). A este mismo carácter histórico responde la figura que de Séneca nos traza el ignorado autor de la tragedia Octavia.

¹⁵⁴ L. RIBER, O. C., discurso previo. pg. XVI.

los espíritus angustiados la orientación, el consuelo, la verdad y el estímulo. Intenta ante todo formar conciencias rectas y virtuosas: es un admirador y predicador enardecido del bien y de la virtud, y un fustigador acérrimo y despiadado del vicio y de la maldad.

Al redactar entre el 37-41 de nuestra era sus tres libros «*De Ira*», que muy cuerdamente no publicó hasta unos años más tarde, Séneca intenta un objetivo ambicioso: formar la conciencia de un emperador. A Tiberio, que juntamente se había atraído el odio universal y que ha pasado a la posteridad como uno de los tiranos más feroces de la historia, sucedió en el mando del imperio el hijo de Germánico, Cayo César Calígula, que fué saludado con inmenso júbilo como lucero de una bella mañana tras una noche llena de horror. Pero las esperanzas que la desfallecida Roma colocara tan confiadamente en el joven monarca, se trocaron pronto en amarga decepción y en dolorosa y dura prueba. Calígula se convirtió en «el loco mundial» y en el gran sediento de sangre. El «*utinam populus romanus unam cervicem haberet*» y el «*oderint dum metuant*» eran las dos hachas que descargaban sobre las cabezas de víctimas inocentes los más duros golpes. Séneca tiene que presenciar tamaños extravíos de una conciencia rebelde y deformada¹⁵⁵. En su celo por la virtud, compone sus libros sobre la ira. Con ellos quiere Séneca enmendar estas deformaciones de la conciencia imperial y formar una conciencia regia que sea dechado de humanidad, moderación y bondad. En sus libros «*De Ira*», expone el filósofo gran alteza y serenidad de doctrina y se muestra un verdadero maestro. «*Nefas est nocere patriae: ergo civi quoque, nam hic pars patriae est —sanctae partes sunt si universum venerabile est—, ergo et homini, nam hic in majore tibi urbe civis est. Quid si nocere velint manus pedibus, manibus oculi? Ut omnia inter se membra consentiant, quia singula servare totius interest, ita homines sigulis parcent, quia ad coetum geniti sunt, salva autem esse societas nisi custodia et amore partium non potest*»¹⁵⁶. Y pocas líneas después, al objetárselo que la ira entraña algún placer y que es sabroso trueque de-

¹⁵⁵ Algunos pasajes de la obra dan claramente a entender que Calígula vivía en el tiempo de la composición de esta obra.

¹⁵⁶ *De Ira*, II, 31, 7.

volver mal por mal, contesta: «Minime: non enim ut in beneficiis honestum est merita meritis repensare, ita injuria injuriis. Illic vinci turpe est, hic vincere. Inhumanum verbum est et quidem pro justa receptum ultione talio»¹⁵⁷.

En sus años de destierro en Córcega a donde le habían relegado la envidia y mentira de una mujer infame, escribe sus «*Consolationes*». Primero a su propia madre, la española Helvia, a quien la fortuna había terriblemente apuñalado al arrancarle de su lado a su dulcísimo Lucio Anneo. Después a Marcia, la hija digna de Cremucio Cordo para consolarla en la pérdida de su hijo ya grande, casado, padre y sacerdote, y a Políbio, el liberto y valido de Claudio, que llora dolorido la muerte de su hermano.

Estas composiciones de Séneca nos parecen un primer ensayo de dirección; con ellas intenta erguir los ánimos de sus primeros dirigidos abatidos por los golpes fieros de la fortuna, les enseña a poner freno y moderación a su resentimiento y dolor y les manda desafiar con energía, entereza y virilidad invictas las heridas y quebrantos de esta vida, pues «todo aquello que empezó es ley que termine»¹⁵⁸. Adolecen, empero de frialdad y se nutren de lugares comunes y rígidos textos de la sabiduría estóica; en estos escritos manifiesta Séneca una concepción bastante tétrica y pesimista de la vida. Pero no es ello de extrañar. Séneca se halla relegado en la soledad inhumana de Córcega sufriendo su destierro. Desde esta Córcega terrible que no perdona a los vivientes sepultados, tiene que levantar su cabeza del propio sepulcro para acorrer al dolor ajeno¹⁵⁹. El mismo confiesa llanamente en su consolación a Polibio, indigna¹⁶⁰ por cierto de la elevada figura del moralista cordobés: «Si te pareciere que no corresponden a tu talento o que poco valen para curar tu dolor, piensa que no puede dedicarse con holgura al consuelo ajeno quien está abrumado de males propios, y

¹⁵⁷ *De Ira*, II, 32, 1.

¹⁵⁸ *Ad Polyb.*, 1, 1.

¹⁵⁹ *Ad Helv.*, 1, 2.

¹⁶⁰ De ella dice Justo Lipsio al presentar el argumento de la obra: «Pudet inimicus Senecae fuit et gloriae ejus, quisquis vulgavit». Este reproche del gran comentador de Séneca obedece a las adulaciones menos dignas que dirige el moralista al indigno emperador Claudio.

como no es fácil que le ocurran palabras latinas a un hombre, en cuyo derredor suena el aullido inarticulado de los salvajes, insufrible aún para bárbaros un poco civilizados»¹⁶¹.

Pero no es esto lo que ahora nos interesa; queremos presentar aquí los primeros frutos cosechados por el filósofo estóico en su dirección de las conciencias.

Muchas fueron ciertamente las almas jóvenes, que en aquella edad en que, como decía Aulo Persio, dos caminos se abren ante nosotros y el alma incierta y zozobranante no sabe cuál seguir en aquella encrucijada de la vida, corrieron a ponerse bajo la égida del gran moralista cordobés y a depositar confiados sus almas en las manos del gran maestro. Séneca acogió, a no dudarlo, a una parte considerable de la juventud romana que sentía los peligros de su mocedad y aspiraba a un cierto ideal de elevación moral.

Séneca estaba admirablemente hecho para influir sobre la juventud. Y en la juventud quiso hacer sus más valiosas presas¹⁶². El sabía que «con suma facilidad se ganan los ánimos tiernos al amor de la honestidad y de la rectitud y que aun aquellos que sólo están ligeramente corrompidos, pero que son dóciles, echa manos en ellos la verdad, si tienen la suerte de dar con un hábil abogado»¹⁶³. Y sabía también que «mayor necesidad de gobierno tiene la fogosa adolescencia»¹⁶⁴; que «es más fácil reprimir los principios de las pasiones que gobernar sus embestidas»¹⁶⁵ y que «hartas veces un buen material se pierde por falta de artista»¹⁶⁶.

Entresacamos de sus obras sólo cuatro de estas almas juveniles que se entregaron a su tutela y en las que ejercitó Séneca su mano diestra en enmendar, estimular y traer al bien a almas rebeldes lo mismo que a almas dóciles.

¹⁶¹ *Ad Polyb.*, 18, 9.

¹⁶² L. RIBER, *o. c.*, discurso previo, pg. XVII.

¹⁶³ *Epist.* 108, 12.

¹⁶⁴ Palabras que el autor de la tragedia *Octavia*, falsamente atribuída a Séneca, pone en boca de nuestro filósofo.

¹⁶⁵ *Epist.* 85, 9

¹⁶⁶ *Epist.* 47, 6.

1) *Séneca y Marcelino*.—Los comentadores nos dicen de él: «Marcellinum hominem ingeniosum et urbanum, non esse quidem facilem ad corrigendum»¹⁶⁷. Séneca nos presenta por primera vez a éste su discípulo con rasgos fuertes y líneas maestras. Joven alegre, divertido y petulante, ha llegado a un escepticismo casi total. Su ingenio agudo y perspicaz, «sed jam tendentis in pravum»¹⁶⁸, le ha conducido paulatinamente a una situación en la que Séneca tendrá que echar mano de los remedios extremos; Marcelino no frecuenta ya el trato de su maestro, látigo del vicio y faro de la verdad. A Lucilio que inquiere deseoso de saber lo que hace Marcelino, le contesta el filósofo: «Raro ad nos venit, nulla alia ex causa quam quia audire verum timet»¹⁶⁹.

Pero este apartamiento deliberado del maestro obedecía también a que el alegre joven había descubierto algunos filósofos que, al no conformar su vida con las verdades que predicaban, desautorizaban con sus ejemplos vituperables la filosofía. Al penetrar Marcelino en ciertas escuelas estóicas ha encontrado fallos lamentables en la vida de algunos filósofos y ha tropezado con una gran turba de baratilleros (*circulatores*) que hubieran hecho sin duda mejor en renunciar a la filosofía antes que venderla como una mercancía lucrativa. El puede mostrar a Séneca a uno en el adulterio, a otro en la taberna y a un tercero en el palacio.

Séneca, empero, no desespera todavía de su buen Marcelino. Aun puede salvarse, pero es preciso alargarle la mano cuanto antes. «Est quidem periculum, ne porrigentem trahat; magna in illo ingenii vis est, sed jam tendentis in pravum. Nihilominus adibo hoc periculum et audebo illi mala sua ostendere. Faciet quod solet: advocabit illas facetias, quae risum evocare lugentibus possunt, et in se primum, deinde in nos jocabitur: omnia quae dicturus sum, occupabit»¹⁷⁰.

El moralista cordobés, fiel a su teoría de no abandonar demasiado aprisa a las almas que no ofrecen esperanzas y de intentar re-

¹⁶⁷ ANTONIO MURETO, *Commentaria in Sen., Epist.* 2, 9.

¹⁶⁸ *Epist.* 29, 4.

¹⁶⁹ *Epist.* 29, 3.

¹⁷⁰ *Epist.* 29, 1.

medios extremos en el mismo desahucio, está dispuesto a afrontar todos los peligros y a sufrir pacientemente todos los sarcasmos y cáusticas ironías de éste su agresivo y mordaz discípulo. No teme el animoso director ni vacila en mostrar a su dirigido los males de su alma; su decidido propósito es embestirla en la primera coyuntura favorable. «Moveat ille mihi risum, ego fortasse illi lacrimas movebo, aut si ridere perseverabit, gaudebo tamquam in malis, quot illi genus insaniae hilare contigerit»¹⁷¹. A continuación Séneca, acostumbrado a tratar con sus manos de artista muchas almas semejantes a las de Marcelino, observa finalmente: «Sed non est ista hilaritas longa: observa, videbis eosdem intra exiguum tempus acerrime ridere et acerrime rabere»¹⁷². Y concluye: «Vitia ejus etiam si non excidero, inhibebo; non desinent, sed intermittent: fortasse autem et desinent, si intermittendi consuetudinem fecerint»¹⁷³.

Un éxito feliz, aunque para nosotros censurable, coronó la labor valiente del formador. Séneca al hablarnos de nuevo en su epístola 77 de Marcelino, le llama ya «adolescens quietus et scito senex»¹⁷⁴. La intervención de Séneca fué eficaz y decisiva. Marcelino enmendó su vida y fué un acabado estóico conforme a la doctrina del maestro.

Marcelino se vió presto atacado por una enfermedad, no incurable ciertamente, pero larga y molesta y llena de exigencias. En estas circunstancias críticas un pensamiento esencialmente estóico se clavó en la mente del joven; la muerte, con el señuelo de la libertad, ilusionó al paciente. Un amigo de Séneca, estóico como él, varón egregio, hombre fuerte y animoso, acabó de decidir la voluntad de Marcelino con su persuasiva exhortación: «Non est res magna vivere; omnes servi tui vivunt, omnia animalia: magnum est honeste mori, prudenter, fortiter»¹⁷⁵.

El enfermo no necesitó más. Distribuyó humanitariamente pequeñas cantidades a sus llorosos esclavos, les consoló y se dispuso estóicamente, sin miedos ni lágrimas, a su hazañoso fin. No tuvo necesidad de hierro ni de efusión de sangre. Se abstuvo tres días de

¹⁷¹ *Epist.* 29, 4-5.

¹⁷² *Epist.* 29, 7.

¹⁷³ *Epist.* 29, 8.

¹⁷⁴ *Epist.* 77, 5.

¹⁷⁵ *Epist.* 77, 6.

ingerir alimento y en su misma estancia mandó poner el pabellón del baño. Luego fué llevada allí la bañera en que se estuvo largo tiempo y, echando en ella de tanto en tanto agua caliente, feneció apaciblemente (*paulatim defecit*), no sin cierto placer, como él mismo decía, aquel placer que causa un desfallecimiento dulce que «harto tenemos experimentado los que alguna vez hemos sufrido desfallecimientos»¹⁷⁶.

Así nos pinta Séneca la muerte ejemplar de Marcelino, su dirigido, que tan amargos sinsabores y dolores tan sensibles le había costado unos años antes. Llama Séneca ejemplar a este fin cobarde y suicida de Marcelino según su aberración estóica de hallar la libertad por el camino de una muerte valerosa, en cuyo elogio estampaba luego el panegírico más cálido y vibrante que halla el lector en sus escritos.

2) *Séneca y Sereno*.—Un panorama opuesto nos ofrece la contemplación de un alma que «se siente puesta en tal estado, que no siendo el peor, es no obstante el más fastidioso e incómodo: ni está enferma ni tiene salud»¹⁷⁷.

Nos referimos a Sereno. Justo Lipsio «qui ditissimis comentariis L. Annaeum Senecam illustravit»¹⁷⁸ anota en uno de ellos: «Ad hunc scripsit, et est, opinor, Annaeus Serenus, quem praefectum vigiliam Neronis interemptum cum toto convivio, Plinius scribit, lib. 22»¹⁷⁹.

Este joven capitán de la guardia imperial está padeciendo, extraña e indefinible dolencia: Colocado en un punto inestable de la vida siente a un tiempo el vértigo inconsciente del abismo que le llama hacia sus simas fáciles y tentadoras y la atracción fascinadora de la altura serena que le cautiva la mente y le empuja hacia las cumbres excelsas a través de sus sendas quebradas y duras. Perplejo entre estos dos extremos adversos, ni inflexiblemente enderezado a

¹⁷⁶ *Epist.* 77, 9.

¹⁷⁷ *De Tranq. an.*, 1, 2.

¹⁷⁸ TH. DE IUGES, *L. Annaei Senecae Philosophi opera omnia* quae exstant ad veterum exemplariorum fidem. Genovae excudebat Alexander Pernetus, 1628.

¹⁷⁹ J. LIPSIO, *Commentaria in Sen.*, cap. 1, *de Tranq. an.*

la rectitud ni deslizado blandamente al descarrío, nos revela el propio Sereno los síntomas de su enfermedad. Confiesa ¹⁸⁰ ingenuamente que está poseído de un gran amor a la templanza: le agrada la cama no preparada con ambición; conténtale el manjar que ni le aderezan turbas de esclavos ni admire a los comensales, ni le gusta el servido por muchas manos, sino el corriente y fácil de hallar que nada tiene de exquisito y costoso, que no falta en parte alguna, ni sea gravoso al patrimonio ni al cuerpo; agrádale el cuidado sin aliño y el esclavo tosco y la pesada plata de su padre rústico, sin ningún primor ni nombre del artífice; complácele finalmente la mesa no vistosa por la variedad de colores ni conocida de la ciudad por diversas sucesiones de dueños elegantes, sino aquella que basta para el uso, que ni halaga los ojos del convidado con el placer, ni los enciende con la envidia. Mas su espíritu, después de haberse contentado con estas cosas, se deslumbra con el aparato de algún pedagogo, con sus esclavos más curiosamente vestidos y más resplandecientes de oro que una pública procesión, con el ejército de soldados relumbrantes, y se ofusca ante la casa en que se huellan alfombras preciosas, en que las riquezas andan diseminadas por todos los rincones: donde refulgen los artesones, donde se apretuja una multitud codiciosa, ordinario cortejo de los patrimonios que se hundén. Su vista se turba ante magnificencia tal. De su vista se retira Sereno no peor, sino más triste, y en el deslucimiento de su pobre morada no anda ya tan satisfecho y le asalta un sordo remordimiento y la duda de si todo aquello no es mejor. Ninguna de estas cosas le cambia, pero le afectan todas.

Pero usando ya de la misma metáfora expresiva del doliente decimos que Anneo Sereno está sufriendo un mareo (*nausea*) contumaz. No le fatiga propiamente la tempestad recia y bravía, sino el mareo fastidioso y pesado.

En esta fluctuación dolorosa en que el alma vacila, habitante entre el heroísmo de la virtud y la impotencia de su inanidad, tiende anhelante los brazos a Séneca y, luego de confiar a su corazón el secreto de su angustia, le conjura suplicante le libre de esta indisposición dañina si es que tiene algún remedio: «Socorre al náufrago, le dice, a vista ya de la tierra. Succurre in conspectu terrarum labo-

¹⁸⁰ *Tranq. an.*, 1, 5-9.

ranti»¹⁸¹. Anneo Sereno ha descubierto ya su mal y ha revelado a Séneca «ut medico»¹⁸² toda la verdad.

Séneca acorre diligentemente a este pobre mareado y hastiado del mar de la vida. Médico y director a un tiempo examina en silencio la dolencia y busca el remedio más conveniente a ella.

Primeramente ha advertido el avisado director que Sereno desea el asiento del espíritu, que descansa en el equilibrio y en la impertubabilidad, lo cual, afirma «magnum et summum est, deoque vicinum»¹⁸³. Para llegar a la adquisición de esta invulnerabilidad no son menester, continúa Séneca¹⁸⁴, aquellos remedios extremos, como resistirse a sí mismo, enojarse consigo mismo, a los que se sujeta a los principiantes, sino que hay que aplicar el último, es decir, confiar en sí mismo y persuadirse que va caminando derechamente, sin dejarse llevar por las huellas transversales de muchos que van de un lado para otro, algunos de ellos extraviados, a orilla misma del camino bueno.

El director ha dado con el punto sensible del paciente y para la cura del mal escribe el tratado «casi ascético» *De tranquillitatae animi*. En él precisa, analiza y desentraña dolencia tan gravosa y señala los remedios más convenientes. Pero ante todo debe saber y nunca olvidar que el mal que padece no es el de los lugares, sino el suyo propio. Por lo cual debe desistir ya de buscar remedio para su mal en las mudanzas y errabundas peregrinaciones. Porque, aunque un viaje se emprenda tras otro viaje, y un espectáculo se cambie con otro espectáculo, «hoc se quisque modo fugit», así cada uno anda huyendo de sí mismo. Mas ¿de qué le aprovecha si en realidad no consume la huída? Va siguiéndose a sí mismo y se acompaña con la más desagradable de las compañías: «sequitur se ipse et urget gravissimus comes»¹⁸⁵. Los hombres se atropellan a sí mismos y no comprenden el infinito bien que reportarían con la huída de sí mismos. ¿Qué aprovecha pasar el mar y cambiar de ciudades? Para esquivar las cuitas enojosas que acosan a los hombres

¹⁸¹ *Tranq. an.*, 1, 18.

¹⁸² *Tranq. an.*, 1, 2.

¹⁸³ *Tranq. au.*, 2, 3.

¹⁸⁴ *Tranq. an.*, 2, 2.

¹⁸⁵ *Tranq. an.* 2, 14.

no es preciso estar en otro lugar, sino ser otro. ¿Qué les importa para el remedio de su mal las costumbres de otras ciudades si les acompañan las suyas propias? No hay viaje alguno que coloque a los hombres fuera de la órbita de sus concupiscencias, causa inmediata de todos sus males. Mientras vayan con el hombre las causas de su mal, es inútil viajar y atravesar los mares. Por lo cual «si vis peregrinationes habere jucundas, comitem tuum sana. Haerebit tibi avaritia, quamdiu avaro sordidoque conviveris; haerebit tumor, quamdiu superbo conversaberis. Numquam saevitiam in tortoris contubernio pones: incendit libidines tuas adulterorum sodalitia. Si velis vitiis exui, longe a vitiorum exemplis recedendum est. Avarus, corruptor, saevus, fraudulentus, multum nocituri, si prope a te fuissent, intra te sunt»¹⁸⁶.

Conforme al diagnóstico es la receta del médico: «Longe i'aque optimum est miscere otium rebus, quotiens actiosa vita impedimentis fortuitis aut civitatis conditione prohibebitur; numquam enim usque eo interclusa sunt omnia, ut nulli actioni locus honestae sit»¹⁸⁷.

Como se ve el Sereno del «*De tranquillitate animi*» no es ya el mismo del «*De constantia sapientis*». El epicureista alegre se ha trocado ya en un neófito del estoicismo, aunque débil y ligeramente asentado en el bien. La conversión de Sereno al estoicismo ofrece ya fundadas garantías. Por esto Séneca ha abandonado ya el tono un tanto polémico del «*De constantia sapientis*». Sereno ya no es un adversario peligroso que necesita argumentación sólida y contra el cual tenga que esgrimir toda la fuerza filosófica de la prueba razonada y del ejemplo histórico. En el «*De tranq. anim*». Sereno es un convertido al estoicismo con un afianzamiento en la virtud y en el amor de la sobriedad; superficial y oscilante entre los deseos de la perfección y los halagos de una vida placentera y feliz. Séneca muestra aquí una mayor humanidad y una comprensión más indulgente de las debilidades del corazón humano, sin abandonar, no obstante, su gravedad estóica. Este proceso de conversión espiritual que Sereno inició en «*De const. sap.*» y continuó en «*De tranq.*

¹⁸⁶ *Epist.*, 104, 20-21.

¹⁸⁷ *Tranq. an.*, 4, 8.

anim.», no termina ni se consuma, sin embargo, hasta el «*De otio*». Tan lejos parece haber llegado el joven prefecto de la guardia imperial de Nerón, que en el diálogo «*De otio*» Sereno aparece como un disimulado censor de las dulcedumbres, un tanto epicureistas, del ocio y de la vida retirada, a que Séneca, su maestro, se entrega, agriado por los desengaños y los fracasos de la vida pública y, sobre todo, política.

Sereno asimiló provechosamente la doctrina del hábil maestro y después de una trayectoria no corta acabó en un estóico convencido y entusiasta. Lo cierto es que Sereno llegó a ser el amigo entrañabilísimo (*carissimus mihi*) de Séneca y que al ocurrir su muerte en plena juventud, le lloró el maestro sin poner coto a sus lágrimas y a su dolor ¹⁸⁸.

3) *Séneca y Nerón*. — Otra figura queremos aún estudiar. Más conocida que las anteriores nos es tal vez menos conocida la labor benéfica del gran maestro y preceptor. Esta vez, con todo, el éxito final no coronó los esfuerzos del formador.

Recién llegado de su destierro, Séneca fué nombrado educador de Nerón, el monstruoso hijo de la ambiciosa Agripina. Nerón Claudio fué sin duda, el dirigido más ilustre del moralista cordobés, pero también el más difícil y laborioso. Con todo sus triunfos no fueron menguados.

Séneca, ayudado de Burro, varón egregio, el más grave y digno prefecto de los pretorianos ¹⁸⁹, consiguió que el Imperio gozara durante cinco años (*quinquennium Neronis*) de la paz y el bienestar que tanto necesitaba y por la que tan ardientemente suspiraba a la muerte de Claudio.

Los comienzos del reinado de Nerón fueron efectivamente esperanzadores y auguraban una era de tranquilidad y felicidad públicas. El mismo Séneca, con rasgos brillantes nos ha descrito estos fúlgidos comienzos ¹⁹⁰.

¹⁸⁸ *Epist.* 63, 14.

¹⁸⁹ *Clemen.*, II, 1, 2.

¹⁹⁰ *Clemen.*, I, II; II, 1-2,

Después de un largo dominio de los vicios se había abierto paso por fin el siglo de la felicidad, de la virtud, en que el bien y la equidad y el resurgimiento de la piedad y de la integridad con la fe y la modestia se habían unido en estrecho abrazo. La aspiración del pueblo estaba ya segura. Su boca se desataba en alabanzas y confesaba sinceramente ser feliz y que a los bienes presentes nada se les podría añadir sino su perpetuidad. Esta confesión unánime, «*qua nulla in homine tardior est*», no la profería el pueblo romano por vana adulación o lisonja; estaba cimentada en motivos sólidos y verdaderos.

Roma podía ver a través de todo el Imperio el espectáculo atrayente de un reino en abundancia afluyente, seguridad profunda y regido por la más satisfactoria forma de gobierno público, a la cual nada faltaba para que la libertad fuese absoluta sino la licencia de obrar la propia perdición. La imagen severa y justa del derecho se erguía majestuosamente sobre toda violación y conculcación de la razón y de la ley. Los pequeños, como los grandes, admiraban extasiados la clemencia nunca soñada del joven monarca. Los otros bienes, advierte Séneca, cada cual los experimenta en proporción de su fortuna y los espera mayores o menores; mas de la clemencia todos esperan lo mismo y no hay nadie que se complazca tanto en su inocencia, que no se alegre de ver a la clemencia dispuesta a socorrer la falibilidad humana. Todos hallaban en él acogida y perdón: el uno le conmovía por su edad tierna, el otro por su avanzada edad; al uno le perdonaba por su nobleza, al otro por su humildad, y todas las veces que el príncipe no hallaba ningún motivo de misericordia, la tenía de sí mismo.

Desde su palacio imperial Nerón se presenta a la faz del orbe con la espada virgen enfundada en su tahalí, o mejor, «atada» a su lado, limpias de sangre sus manos reales y dispuesto a cada instante a devolver a los dioses inmortales, si le pidieran cuenta del género humano, todos los hombres que le confiaron, porque todas las cosas y todo el humano linaje entregado a su fe y a su tutela está en seguridad y paz. El joven emperador ha escondido el rigor y ha sacado al descubierto la clemencia; las leyes blandas y justas han visto de nuevo la luz después del mohoso olvido y violenta oscuridad en que tantos años habían sufrido el menosprecio humillante y afrentoso de los Césares. Tiene a honra el ahorrar toda sangre, aun

la más vil. No hay hombre alguno, aunque carezca de todos los títulos, que no merezca compasión y gracia por el sólo título de serlo.

En esta inmensa pujanza en que ejerce sobre la tierra el oficio de los dioses y es árbitro de la vida y de la muerte, ni la fogosidad juvenil, ni la temeridad y obstinación de los hombres, que muchas veces destierra la paciencia de los pechos más tranquilos; ni la gloria nefasta, pero frecuente en los grandes dominadores, de demostrar por el terror su poderío, le han impelido a suplicios injustos y a acciones menos rectas. La paz de Nerón ha mantenido envainadas millares de espadas que en días aciagos para el Imperio segaban infatigablemente las flores más vistosas de la edad, de la inocencia y de la virtud. Y cuando tiene que reivindicar los derechos de la justicia ultrajada y castigar a los culpables, exclama con manifiesto disgusto, señal del desgarramiento de su alma: «Vellem nescire litteras»¹⁹¹. Exclamación dignísima, prorrumpe Séneca, que debería pronunciarse ante la asamblea de todos los mortales, para que en sus palabras jurasen los príncipes y los reyes. Exclamación dignísima del género humano inocente que merecería hacer revivir aquella edad remota.

Fué aquel un quinquenio memorable como pocas veces lo había disfrutado la humanidad y menos veces aún el Imperio¹⁹².

Este Nerón, espejo de príncipes por su bondad y compasión, es obra particular de Séneca. Bajo la dirección del moralista, la conciencia del joven príncipe caminó derechamente por la senda del bien y de la verdad. Con el consejo, la persuasión y el precepto supo gobernar Séneca la niñez y mocedad del peligroso discípulo imperial. Pero este Nerón, blando y virtuoso, fué quinquenal.

Séneca, maestro ya muy experimentado en el discernimiento de los espíritus y en el conocimiento de las conciencias, advirtió presto la llaga interna que padecía el hijo de Agripina. Por sus venas claras vió correr una índole perversa y desenfrenada. Formador óptimo no espera que el mal se manifieste y arraigue en el alma; con

¹⁹¹ *Clemen.* II, 1, 2.

¹⁹² L. RIBER, *o. c.*, p. 165.

solicitud sorprendente se anticipa al mal y redacta para su noble dirigido los dos áureos libritos «*De Clementia*».

En ellos podía encontrar Nerón el dechado acabado del buen príncipe; en ellos podía aprender mansedumbre y magnanimidad casi evangélicas, pues hay trechos que parecen escritos por una pluma cristiana mojada en el mansísimo corazón de Cristo. Con estos preciosos trataditos de la clemencia procuró Séneca formar a su discípulo en la verdadera templanza del ánimo y en el amor generoso del género humano. Aunque se hallase en la cumbre del poder y a sus manos juveniles estuviesen ligados los destinos de todos sus vasallos, debía Nerón tener presente que «nullam ex omnibus virtutibus homini magis convenire, cum sit nulla humanior»¹⁹³. Paralelamente debía saber que «crudelitas minime humanum malum est indignumque tam miti animo; ferina ista rabies est sanguine gaudere ac vulneribus et abjecto homine in silvestre animal transire»¹⁹⁴.

Pero la sólida formación que recibía el adolescente emperador del prudente maestro se veía contrarrestada por la influencia nefasta de compañeros pervertidos y camaradas disolutos que excitaban sus instintos y pasiones¹⁹⁵. Ni olvidaban minar secretamente con sus lenguas calumniosas la autoridad del maestro.

Al fin Nerón se inclinó decididamente hacia el lado de los peores y Séneca no pudo ya mantener por más tiempo dormidos e impotentes los aviesos instintos del discípulo del Palatino. El monstruo se desperezaba.

Séneca intentó todavía un remedio extremo. Pero fué en vano: la entrevista memorable entre el director y el dirigido que nos describe Tácito, se diluyó en unos besos ficticios y en unas lágrimas forzadas.

Séneca abandonó definitivamente el palacio imperial. En su cubil quedaba, entregado al ímpetu irreflexivo y violento frenesí de la

¹⁹³ *Clemen.*, I, 3, 2.

¹⁹⁴ *Clemen.*, I, 15, 1.

¹⁹⁵ Admítase también que Séneca tuvo su parte en la desmoralización del joven emperador; quiso el maestro apagar un vicio con otro vicio, la sevicia con la lujuria. Fué este un yerro deplorable. Cfr. C. CARDÓ, *L. A. Séneca, De la Ira*, Introducció, p. XII-XIII.

edad y de los instintos, el tigre feroz que iba muy pronto a hundir sus zarpas en la humanidad y a emborracharse de la sangre de sus víctimas. Una de ellas será el director.

Se acabó ya la paz quinquenal, envidia de Nerva ¹⁹⁶. Se acabó ya el Nerón que más arriba describimos. Se acabó ya el Nerón dirigido y formado por las hábiles manos de Séneca y comienza el Nerón auténtico, arrastrado por su sed de sangre; se acabó ya el Nerón más amado que ningún otro hombre por el pueblo romano y comienza el Nerón aborrecido y odiado de todo el imperio.

Se frustraron las esperanzas del maestro que ambicionaba para un futuro próximo la realización y el gran ensueño de su alma recta y enamorada de la virtud. Había confiado Séneca que la mansedumbre del espíritu de Nerón se difundiría poco a poco por todo el cuerpo del Imperio, que todas las cosas se reformarían a imagen suya y que a todo el orbe volverían las buenas costumbres ¹⁹⁷.

Pero no sólo se frustraron las nobles ambiciones del moralista español, sino que se trocaron en su antítesis más dura y dolorosa. Todo el cuerpo del Imperio romano comenzó a sangrar desbordadamente, desgarrado por la sevicia y crueldad de su cabeza monstruosa. «Nemo, comenta Mureto, sub initia Imperii Nerone clementior visus. At postea vel deprabata, vel resecta natura, et foras erumpente saevitia, ita se gessit, ut nomen Neronis, non jam hominis, sed crudelitatis ac feritatis nomen esse videatur» ¹⁹⁸.

Gloria imperecedera de Séneca hubiera sido ciertamente el haber podido entregar a la posteridad y a la historia un Nerón único e indiviso según la imagen que de él nos presenta en el tratado «*De Clementia*»; pero no deja de ser una gloria legítima y honrosa el haber mantenido en el bien durante tanto tiempo una de las almas más perversas y rebeldes que encuentra el historiador en los anales del pasado. El alma de Nerón fué una de aquellas almas impías e insidiosas que produce la naturaleza humana, según sentencia del mismo Séneca en «*De Ira*», II, 31, 5.

¹⁹⁶ L. RIBER. *o. c.*, p. 165.

¹⁹⁷ *Clemen.*, II, 2, 1.

¹⁹⁸ A. MURETO, *Comment. in Sen.*, cap. I, lib. I, de *Clemen.*

4) *Séneca y Lucilio*.—Lucilio es el dirigido afortunado de la época postrera de la vida de Séneca.

El mismo Séneca nos ofrece datos suficientes para poder trazar una síntesis menos imperfecta de este dirigido privilegiado. Director y dirigido se llevaban algunos años de diferencia. Era Lucilio natural de Pompeya. Así parece desprenderse de lo que le dice en su epístola 49: «Ecce Campania et maxime Neapolis ac Pompejorum tuorum conspectus incredibile est quam recens desiderium tui fecerint»¹⁹⁹. Y en su epístola 70 vuelve a afirmar: «Post longum intervallum Pompejos tuos vidi; in conspectum adulescentiae meae reductus sum»²⁰⁰. Estaba dotado de excelentes cualidades literarias y poéticas. De uno de sus libros le escribía Séneca: «Tanta autem dulcedine me tenuit et traxit, ut illum sine ulla dilatione perlegerim... Levis mihi visus est, cum esset nec mei nec tui corporis, sed qui primo aspectu aut Titi Livii aut Epicuri posset videri»²⁰¹. Menciona también un verso suyo excelente²⁰². Por eso al atribuir a Lucilio el poema a Eetna, se apoyan los comentadores en las palabras que le dice Séneca en su epístola 79: «Si haec mihi perscripseris, tunc tibi audebo mandare, ut in honorem meum Aetnam quoque ascendas... Non est autem quod istam curam imputes mihi; morbo enim tuo daturus eras, etiam si nemo quid mandaret tibi, donec Aetnam describas in tuo carmine et hunc solemnem omnibus poetis locum attingas... Aut ego te non novi aut Aetna tibi salivam movet: jam cupis grande aliquid et par prioribus scribere»²⁰³.

Era Lucilio caballero romano. De modesto origen había ascendido por sus propios méritos a elevada posición. Muchas de las cartas de Séneca le suponen procurador de Sicilia, cargo que según los comentaristas ocupó por los años 60-62. A instancias del mentor de su alma, parece que abandonó Lucilio su alta posición para entregarse más libremente a la filosofía y a la virtud. Dícele por ejemplo en la epístola 22: «Jam intellegis educendum esse te ex istis occu-

¹⁹⁹ *Epist.* 49, 1.

²⁰⁰ *Epist.* 70, 1.

²⁰¹ *Epist.* 46, 1.

²⁰² *Epist.* 8, 10.

²⁰³ *Epist.* 79, 2, 5, 7.

pationibus speciosis et malis, sed quomodo id consequi possis quaeris»²⁰⁴.

Séneca conoció probablemente a su discípulo en la misma Pompeya, a donde se acogió alguna temporada a causa de su endeble salud. En medio de la benignidad y blandura de un clima de desidia y licencia encontró Séneca un alma capaz de la verdadera sabiduría. El mismo Séneca años más tarde recuerda a su dirigido este momento cumbre de su vida, que nosotros con palabras cristianas llamaríamos el momento de la conversión o del camino de Damasco: «Ego, cum vidissem indolem tuam, injeci manum, exhortatus sum, addidi stimulos, nec lente ire passus sum, sed subinde incitavi»²⁰⁵.

Pero se imponía la separación. Séneca, mejorado ya en sus dolencias, debía partir a la gran Urbe a donde le llamaban los negocios y los amigos. La despedida fué dolorosa y dura. Así lo afirma el mismo maestro escribiendo al propio Lucilio. Séneca ha vuelto a ver después de largos años de ausencia la dulce Pompeya; Lucilio ya no está allí: pero la sola vista de la ciudad ha renovado increíblemente y refrescado la añoranza de él. «Totus mihi in oculis es. Cum maxime a te discedo: Video lacrimas combibentem et affectibus tuis inter ipsam coercionem exeuntibus non satis resistentem»²⁰⁶.

Todavía, empero, mediaron varias conversaciones entre maestro y discípulo. Mas al fin el ancho mar se interpuso definitivamente entre estas dos almas.

Séneca, sin embargo, no abandona el alma de su discípulo y dirigido, bisoño aún en la virtud y neófito en el camino de la sabiduría, pero que mostraba ya en esperanza el «fruto cierto». Para que no se malograsen estos principios prometedores escribe Séneca sus epístolas, verdaderas cartas de dirección espiritual, destinadas a confirmar a Lucilio en la virtud y conducir su alma hasta las cumbres más excelsas y puras del bien»²⁰⁶.

Desde un principio se establece entre maestro y discípulo una

²⁰⁴ *Epist.* 22, 1.

²⁰⁵ *Epist.* 34, 2.

²⁰⁶ *Epist.* 49, 1.

²⁰⁷ A este mismo Lucilio dedicó Séneca las «Naturales Quaestiones» y el hermoso diálogo «De Providentia».

estrechísima relación de intimidad y cordialidad. El director es ya todo para el dirigido. «Ego vero omnia in te cupio transfundere. Et in hoc aliquid gaudebo discere, ut doceam: nec ulla res delectabit, licet sit eximia et salutaris, quam mihi uni sciturus sum. Si cum hac exceptione detur sapientia, ut illam inclusam teneam nec enuntiem, rejiciam: Nullius boni sine socio jucunda possessio est»²⁰⁸. Una muestra de esta especie de comunidad de bienes que media ya desde un principio entre estas dos grandes almas, es el envío que hace Séneca de los propios libros para aprovechar a su discípulo: «Mittam itaque ipsos tibi libros, et ne multum operae impendas, dum passim profutura sectaris, imponas notas, ut ad ipsa protinus, quae probo et miror, accedas»²⁰⁹. Vea el lector otro testimonio, escogido al azar, de esta reciprocidad admirable de corazones: «Ego vero quoscumque habeo, mittere paratus sum et totum horreum excutere: me quoque isto, si possem, transferrem, et nisi mature te finem officii sperarem impetraturum, hanc senilem expeditionem indixissem mihi nec me Charybdis et Scylla et fabulosum istud fretum deterrere potuissent. Tranassem ista, non solum trajecissem, dummodo te complecti possem et praesens aestimare, quantum animo crevissem»²¹⁰.

Lucilio escribe con frecuencia a su maestro²¹¹; en estas cartas el dirigido consulta a Séneca sus dudas, le expone sus ansias de perfección, le descubre los males de su alma y le manifiesta sus dificultades y resoluciones. Con frecuencia le consulta sobre cosas minuciosas olvidándose que les separa a ambos el ancho mar²¹². Séneca le da por ello las gracias, pues en las cartas se muestra el discípulo tal cual es²¹³. Estas cartas levantan a Séneca de su abatimiento²¹⁴.

²⁰⁸ *Epist.* 6, 4.

²⁰⁹ *Epist.* 6, 5.

²¹⁰ *Epist.* 45, 2.

²¹¹ Alguna vez con excesiva extensión: *Epist.* 48, 1: «Ad epistolam quam mihi ex itinere misisti, tam longa, quam ipsum iter fuit, postea rescribam».

²¹² *Epist.* 71, 1.

²¹³ *Epist.* 40, 1.

²¹⁴ *Epist.* 74, 1.

Al recibir carta de Lucilio, director y dirigido se encuentran frente a frente. «Numquam epistulam tuam accipio, ut non protinus una simus»²¹⁵. Como los retratos de los amigos ausentes alegran el corazón humano y alivian su soledad con la renovación constante de su memoria, así las cartas del discípulo alegran las entrañas del anciano maestro, porque le traen las verdaderas huellas del hijo ausente y sus expresiones inconfundibles. A través de las cartas Séneca reconoce al dirigido que ha dejado impresa en ellas la imagen fiel de su alma. No necesita el experto maestro luengas razones y profusión de palabras; capta en seguida el fino director el espíritu que anima e inspira las palabras. Bajo el velo opaco de los signos descubre Séneca el alma recia y profundamente enamorada de la virtud; así testifica Séneca en sus primeras epístolas: «Non a summis labris ista venerunt, habent hae voces fundamentum: iste homo non est unus e populo, ad salutem spectat»²¹⁶. «Itaque tibi apud me pluribus verbis aut afirmandum nec tam longis: intellego multum te profecisse. Quae scribis, unde veniant, scio: non sunt ficta nec colorata»²¹⁷. «Agnosco Lucilium meum: incipit, quem promiserat, exhibere»²¹⁸.

Como director y médico versadísimo ya en la cura y diagnóstico de las almas, Séneca conoce al punto la situación y estado espirituales de su dirigido. Gracias a este conocimiento pronto y acabado que el maestro se forma del dirigido, las cartas de Séneca responden puntualmente al estado espiritual de Lucilio y a sus necesidades y conveniencias. Según la situación de su dirigido, el formador exhorta o insinúa, ruega o manda, aprueba o disuade, es blando o amenaza, salta de gozo o porfía, se queja y enoja. El consejo del preceptor es siempre apropiado y oportuno. Alguna vez, con todo, se lamenta Séneca que a causa del ancho mar que los separa pierden los consejos gran parte de la eficacia. «Consilia, dice Séneca, rebus aptantur: res nostrae feruntur, immo volvuntur: ergo consilium nasci sub diem debet. Et hoc quoque nimis tardum est: sub

²¹⁵ *Epist.* 40, 1.

²¹⁶ *Epist.* 10, 3.

²¹⁷ *Epist.* 16, 2.

²¹⁸ *Epist.* 31, 1.

manu, quod aiunt, nascatur»²¹⁹. Confiesa igualmente²²⁰ que determinadas lecciones sólo se dan de presente. No puede el médico, por cartas, determinar las horas de la comida y el baño; hay que tomar el pulso.

Pero el maestro instruye prudentemente a su dirigido y le aconseja cómo ha de habérselas en los casos de urgencia. Lucilio ha de estar alerta y al acecho de la ocasión y cuando se le presente la realidad delibere pronta y concienzudamente; atienda al soberano bien, objeto único de su vida toda, y según él resuelva, obre y ordene la vida.

No vamos a detallar aquí toda la ascética del gran formador y director cordobés: ello nos ocuparía muchas páginas más. Sólo las *Epistulae ad Lucilium* contienen un filón rico y una fuente abundosa de moral y doctrina ascética. En las páginas anteriores queda expuesto ya todo el sistema senequista y el ideario espiritual que el experto director trazaba a sus dirigidos; ellas vienen a resumir los puntos fundamentales y líneas maestras de la correspondencia de Séneca con Lucilio.

Sólo nos resta añadir aquí que la labor del maestro fué fecundísima y que se vió coronada con el éxito más alagador. Las tendencias epicureístas del discípulo desaparecieron rápidamente y Lucilio, bajo la acción inteligente de Séneca, se pasó decididamente a la escuela estóica, que estaba ofreciendo entonces a la posteridad «lo más grande que pueden dejar los hombres: el monumento de una buena vida coronada por una bella muerte»²²¹.

Adivínase fácilmente a qué excelsitud tan sobrehumana llegaría Lucilio con la práctica de una ascética tan sana y elevada. Bajo la consumada dirección de Séneca el alma de Lucilio se transformó realmente en una copia acabada de su formador y maestro. Las esperanzas tempranas que el avisado director cifrara en su dirigido se cumplieron plenamente.

Ya en su segunda epístola Séneca concebía buenas esperanzas de Lucilio; poco después volvía a repetir que su vida le inspiraba

²¹⁹ *Epist.* 71, 1.

²²⁰ *Epist.* 22, 1 sig.

²²¹ L. RIBER, *o. c.*, discurso previo, pg. XXXVIII.

esperanzas, aunque no confianza. Pero estas esperanzas prometedoras se trocaron presto en seguridades deleitosas. Y así en su epístola 33, no pudiendo el anciano maestro reprimir los ímpetus incontenibles de la emoción, escribe con orgullo y alborozo ante el dechado sublime de un alma recta y anclada en el bien, cual es la de Lucilio: «Cresco et exulto et discussa senectute recalesco, quotiens ex his, quae agis ac scribis, intellego, quantum te ipse —nam turbam olim reliqueras— super te egeris. Si agricolam arbor ad fructum perducta delectat, si pastor ex fetu gregis sui capit voluptatem, si alumnum suum nemo aliter intuetur quam ut adulescentiam illius suam iudicet: quid evenire credis his qui ingenia educaverunt et quae tenera formaverunt, adulta subito vident? Assero te mihi: meum opus est»²²².

* * *

Con estas palabras de elevada inspiración lírica espiritual damos fin al presente estudio sobre nuestro gran moralista cordobés. Confiamos que el lector benévolo que nos ha seguido hasta aquí, habrá llegado a la conclusión que como señuelo le presentamos al iniciar estas páginas: Séneca fué ciertamente en su tiempo un óptimo formador y director de conciencias, un excelente mentor de almas.

SEBASTIÁN FOIX, C. M. F.

²²² *Epist.* 34, 1-2.